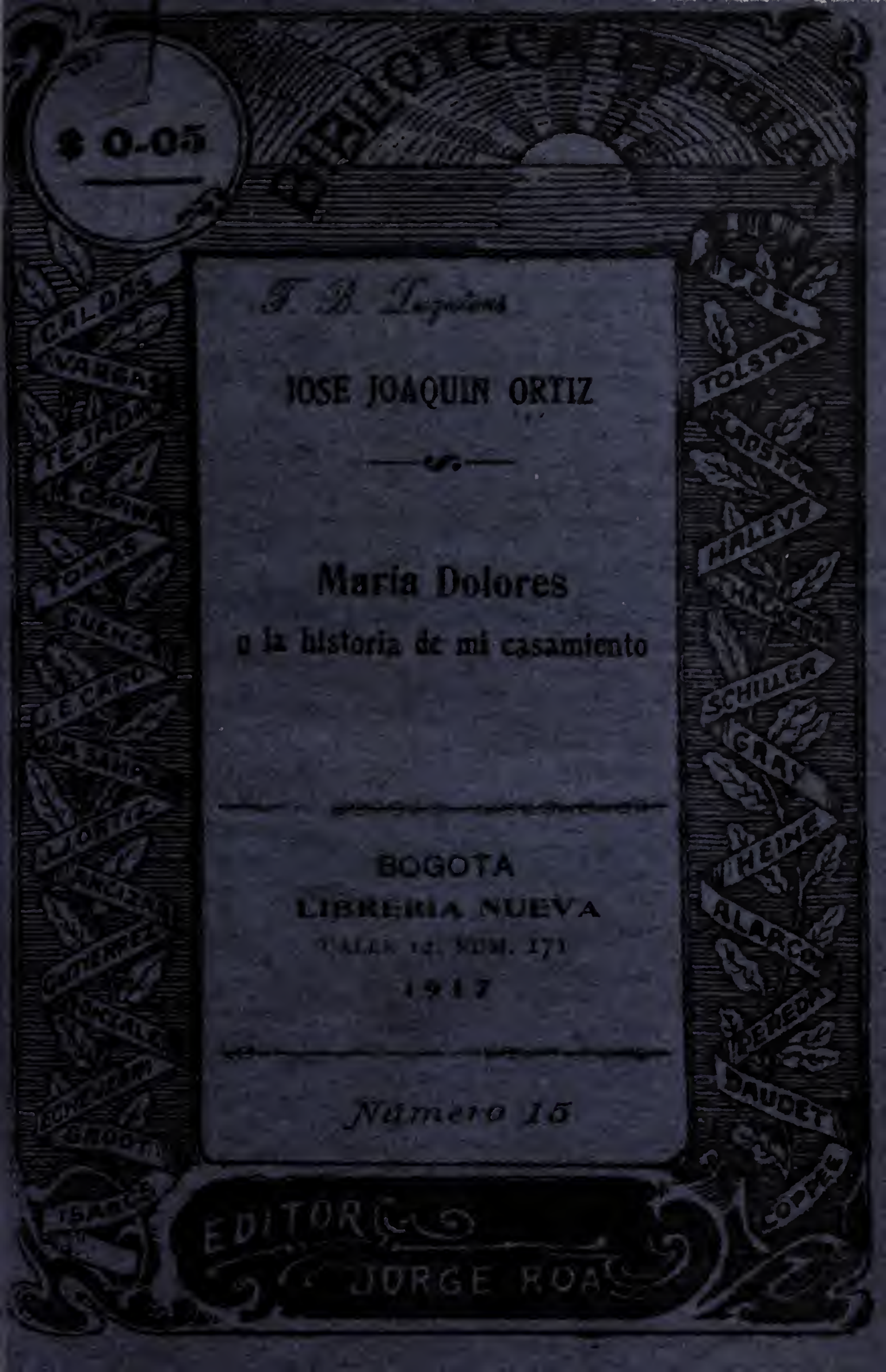


T. B. Lozano

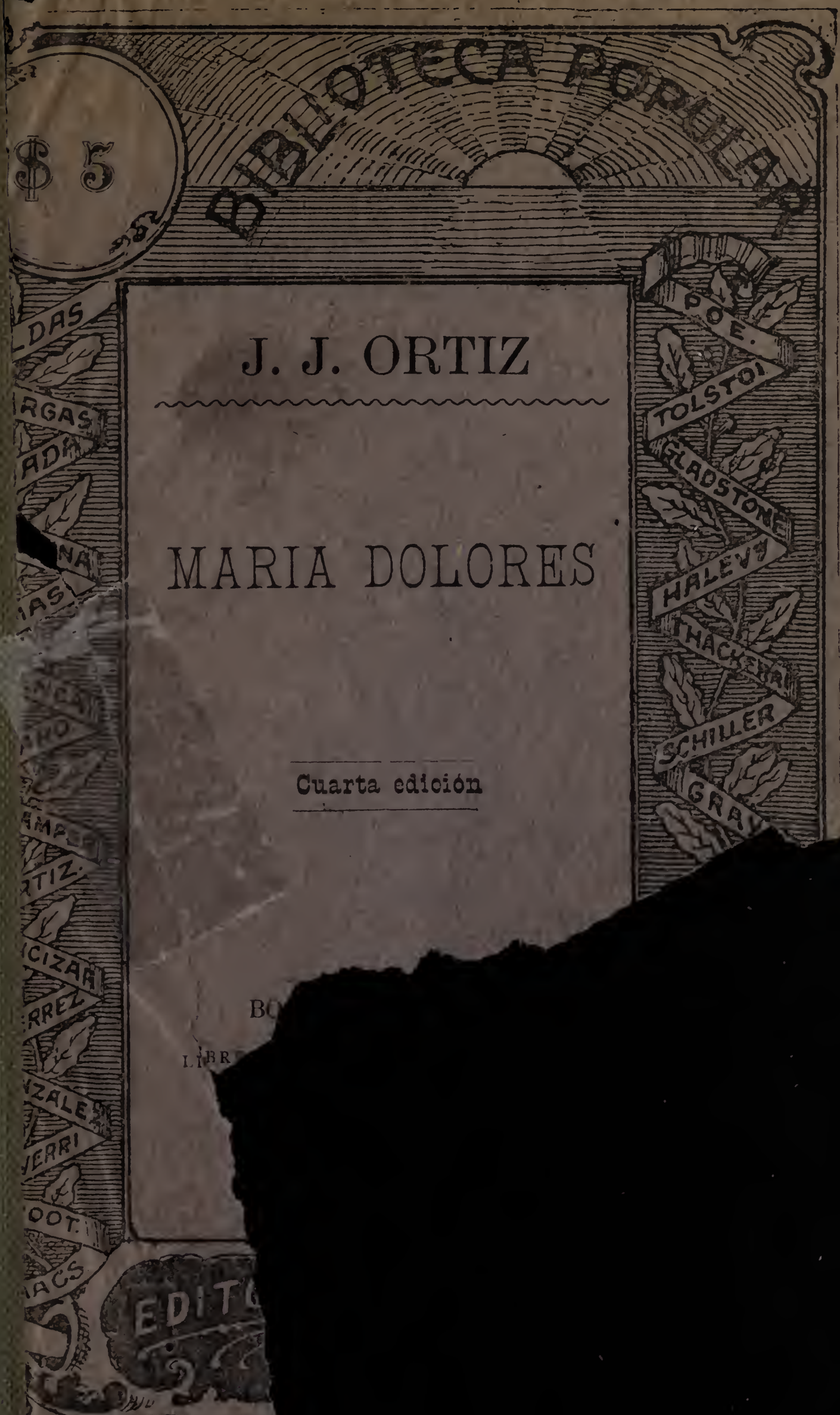
JOSE JOAQUIN ORTIZ

María Dolores

o la historia de mi casamiento

BOGOTA
LIBRERIA NUEVA
CALLE 12, NUM. 171
1917

Número 15



J. J. ORTIZ

MARIA DOLORES

Cuarta edición

863.7
O-8m4

MARIA DOLORES

O LA HISTORIA DE MI CASAMIENTO

POR

JOSE JOAQUIN ORTIZ

OAK ST. H

NOTICIA BIOGRAFICA Y LITERARIA

La tarea de condensar en una página la vida de un hombre eminente como la del doctor José Joaquín Ortiz sería de ejecución punto menos que imposible si no se contara de antemano con el sello de inmortalidad que supo imprimir en sus obras, y con el recuerdo imborrable que dejó en el corazón de los que, al través de toda vicisitud, permanecen fieles á las gloriosas tradiciones de sus ideas y sentimientos. Estos tienen en el alma la congojosa certidumbre de la desaparición de aquel campeón que peleó más que ninguno las más recias batallas de la prensa "por su Dios, por su Patria y su Derecho;" otros habrá que se finjan que aún está allá en su humilde morada del barrio de Las Nieves, tirando del penoso carro de la vida, mudo á las tristezas y desengaños, rodeado de su esposa y de sus hijos, á quienes hacía con su ejemplo *el deber fácil, la virtud amable.* ¡ Ah ! para los que no sólo le hirieron en los ideales de su patriotismo, sino que á mansalva, desde los jardines de Capua, le causaron hondísimo quebranto, habrá muerto realmente cuando, al desencadenarse nuevamente,—lo que Dios no permita—la tormenta de la impiedad y de la persecución religiosa, echen menos la voz clamorosa del apóstol, la nota de indignación del polemista, el estro sublime del poeta, la idea centellante del ortodoxo, y el valor á toda prueba del egregio adalid de Jesucristo y de los fueros populares.

Decíamos que no era tarea muy ímproba reducir á pocas líneas la vida del doctor Ortiz, porque teníamos en cuenta la estela de luz bienhechora que dejó su paso por la tierra. En efecto, preguntadle á un hombre honrado, á una madre de familia, cuál ha sido el mejor periódico de Colombia, y os dirán sin vacilar : *La Caridad ;* interrogad á cualquiera persona educada por qué texto le enseñaron los primeros rudimentos, y os contestará : por *El Libro del Estudiante ;* averiguad cuál es la mejor antología de la poesía castellana, y se os dirá que las *Lecciones de Literatura.* Y luégo, ¿ quién puede olvidar que á él se le llama por antonomasia el cantor de la patria, el poeta del Tequendama ? ¿ Quién no recuerda que él, por tantos años educador de la juventud, fué el primero en saludar y estimular con su aplauso autorizado á inge-

41859

nios como Caicedo Rojas, Rafael Pombo, Ponce de León, Carrasquilla, Belisario Peña y otros tantos? ¿Quién que logró oírlo en los torneos de la gaya ciencia, en el Liceo Granadino, en el Ateneo, en la Academia Colombiana, no tiene presente su voz honda y quejumbrosa, y sus cabellos lacios echados hacia atrás, blancos como la plata, que se movían erizados con el sentimiento de sus versos, como si fueran los rayos de un astro cansado de brillar? Y nosotros, sus discípulos, los que tuvimos la dicha de gozar de su intimidad, ¿cómo borrar de la memoria la sencillez de sus costumbres, la austeridad de su vida, su trato afable y campechano, y el entusiasmo con que hablaba de Bolívar y Nariño, de Ospina y Herrán, de Monseñor Mosquera y José E. Caro, uno de los temas que le hacían decidor y elocuente? "¡Ay, amigo—nos decía poco antes de su muerte—esos sí eran hombres! Si ellos se levantaran hoy de sus tumbas, huirían avergonzados á sepultarse de nuevo al ver la conculcación de sus principios y el moral descaecimiento de su raza."

Todos estos recuerdos imperecederos de obras que se palpan todavía, llenan los vacíos y complementan las deficiencias de un boceto biográfico y literario. Ellos nos vedan también la publicación de una de sus obras maestras de poeta y publicista; de forma que mientras damos á la luz la menos conocida y de difícil consecución, las admirables *Cartas de un sacerdote católico*, incluímos hoy como curiosidad bibliográfica y para regocijo de nuestros lectores una obrita de juventud, publicada en el rincón de un periódico de 1836, es decir, cuando el poeta frisaba en los veintidós años. Nos consta que el doctor ORTIZ no hacía el menor caso de *María Dolores*, considerándola como ensayo de principiante, ó como humorada de los verdes años; mas es privilegio de los grandes escritores, de aquellos á quien la fama coronó con el sacro laurel, no dejar eco perdido para la posteridad. Ella recoge con piadoso celo cuanto polvo ha pisado la planta inmortal, y le sirve de punto de partida para ir en ascendente análisis desde las arenas de la playa hasta el mármol y el granito que encarnaron la belleza, ó desde el humilde renuevo de primavera hasta la encina de la montaña que desafía las tempestades y los siglos.

MARIA DOLORES

O LA HISTORIA DE MI CASAMIENTO

Te vi, Amira, y fuí sensible;
Te vi, Amira y te adoré;
No es posible, no es posible
Que no te ame quien te ve.

MADRID.

CAPITULO I

No emprendo escribir una historia lastimosa, porque demasiadas penas tiene la vida, y cada uno sabe de memoria la crónica de sus infortunios. Pero la relación de los momentos de felicidad, de aquellas horas fortunadas corridas al lado de una amiga y alumbradas por la mano de la virtud y de la inocencia, sin duda que deben interesar á los corazones que miran el vicio con horror.

Venía de la costa en Noviembre de 1831. Galopando por la llanura de Bogotá me acercaba precipitadamente á esta ciudad, á la que me llamaban mi obligación y mi curiosidad. En ella había nacido; pero las varias vicisitudes de mi familia me alejaron de ella cuando apenas tenía cuatro años. Cuáles serían las sensaciones de mi alma, lo dejo á la consideración de aquellos á quienes la revolución puso en el mismo caso. Monserrate y Guadalupe aparecían como unos gigantes envueltos entre mantos de nieve y de granizo, sombríos y fúnebres, y á sus plantas divisaba yo las torres y los árboles y el humo que se levantaba de los techos colorados con el reflejo del sol poniente que tocaba yá á su término. Es una cosa verdaderamente admirable el crepúsculo vespertino en Bogotá. Mil nubes pintadas con todos los colores de la paleta, y el oro y el ópalo y la refulgencia de la luz sobre un cielo azul claro, contrastando en su elevación sobre los montes con la dilatada anchura de la Sabana, llaman la mente á contemplaciones de grandes objetos ó de sueños de ventura deliciosísimos. Sin advertir que la noche iba á más andar cayendo, me dejaba conducir á voluntad de mi caballo; pero luégo un fuerte huracán que zumbaba en mis oídos, y la súbita desaparición de la luz, me hicieron volver en mí para llegar, antes de que empezara la lluvia, á la ciudad que creía yá á dos pasos. Continué al galope hasta alcanzar á un caballero que iba acompañando á una señora con traje azul de paño y un velo espesísimo que apenas me dejaba entrever sus facciones.

—¿A dónde bueno? grité yo cuando podíamos oírnos.

El caballero volvió la cara, me miró y continuó en galopar

sin darse por entendido. Yo juzgué que el viento había impedido que me oyese, y repetí mi pregunta.

—Más cortesía se usa en mi tierra, repuso; pero ¡vamos señor! ¿á usted qué le interesa á qué parte me puedo dirigir?

—¡Cómo si me interesa! y muchísimo, contesté yo, y picando á mi caballo me acerqué para saludar á la señora: mi saludo fué devuelto con una inclinación de cabeza, que no me hizo ver más por esto la cara de mi curiosidad.

Un trueno sonó á nuestra espalda y el aguacero más deshecho se siguió á este estallido que había espantado nuestros caballos. Los goterones eran tan grandes como habas, y sonaban en mi espalda como un redoble de recogida. Quise ofrecer mi ruana de caucho á la señora, pero recelosísimo de dar con una arpía, la desataba lentamente. Si ésta es, decía yo para mí, una fea! un aguacero se puede aguantar por una linda, y estas palabras se me zafaron sin sentirlo, de suerte que las percibió ella, y se reía con una gracia! ¡con una gracia! Después de mil excusas, el señor de la yegua alazana vino en que la admitiera María Dolores, y ésta, levantándose el velo con el sombrero, dejó ver una cara que merece bien, caro lector, la pena de describirse.

Sus dos ojos son negros, grandes y expresivos, su frente modestísima es una cosa admirable, y sea la fatiga del viaje ó la vergüenza de ser vista, sus mejillas estaban como las rosas sobre un pedazo de nieve, no herida por los rayos del sol, porque en efecto este es el color de su cara, trigueño, color á que sienta tan bien la gracia como la hermosura. María Dolores las une. No es ponderación; pero agregad que su mirada es un pensamiento de felicidad, que su sonrisa es como un sueño de amor venturoso, y que sus trenzas, cayendo sobre sus hombros y sobre su seno, aumentan sus hechizos, y la conoceréis imperfectamente. Adelantámos luégo en silencio hasta una casa inmediata, y allí yo tuve el placer, el atrevimiento, la felicidad de desmontarla. El tío, á quien ella llama *papá*, es un hombre de buen carácter, muy cristiano, que para todo tiene sus horas determinadas, hasta para dar lección á un muchacho su criado, que ama á su sobrina sobre las niñas de sus ojos, y que es indulgente para las faltas de los demás hasta rayar en tolerancia: tál es D. Manuel Ramos; esto no lo supe yo entonces ¡que á saberlo!.... Pero prosigamos.

D. Manuel hizo preparar en la venta una merienda completa, y, sea que mi urbanidad le hubiese gustado, ó más que todo, que un compañero mío decía que yo para persignar viejas y para comer tocino tenía rara habilidad,—lo cierto es que conversábamos yá con tanta franqueza, como si hubiera diez años que nos conocíamos. Entrando y saliendo, regañando á los criados y disponiéndolo todo, daba lugar para que yo hubiera hablado algo á

María Dolores. Pues lejos de eso, yo estaba mojado desde la punta del pie hasta la corona de la cabeza, y aporreándome en silencio las piernas con el latiguillo, dirigía, al descuido, unas miradas á la cara de la niña que pintaban el embarazo de mi situación. Ella me hablaba de mil cosas; quería saber si en Cartagena eran hermosas las señoras, si usaban saya y mantilla, si hacía mucho calor.... Yo pude lucirme, pero mis respuestas eran tan decisivas que no pasaban de sí, ó de nó: y consistía en una cosa. Un bicho, que en unas partes es pintado como niño, en otras como mariposa, y en otras como sierpe, como tormento, como delicia, este tál, digo, que se siente pero que no se describe, que ocupa sin que se advierta hasta el más íntimo aposento de un corazón, había cogido el mío con sus dos manos y no me dejaba respirar. Al fin la señora se fatigó de verme tan callado, y dándome con un guante mojado un golpecito en el hombro, me dijo, levantándose:

—¡Qué tiene usted, caballero? sin duda que está usted fatigado.

—Sí.... fatigado, dije yo, y la seguí.

Salímos al corredor, que estaba adornado con unas malas láminas de romance de Pablo y Virginia. María Dolores quiso traducir la inscripción francesa de una de ellas, pero no podía sacar bien el sentido, era mala francesa; pero con la velocidad de un rayo tradujo: "Pablo muere de pesar en brazos de su Virginia." Yo no pude menos de reírme de la gracia; y ella prosiguió: pues sí, caballero: *Paul meurt*, Pablo muere, *de peine*, de pena, *en embrassant*, abrazando, *le corps glassé*.... qué sé yo qué es esto, el cuerpo.... helado, dije yo, *de sa Virginie*, de su Virginia.

—Siempre los hombres son más afortunados, me dijo.

—Sí, cuando son queridos, le repuse; pero ella no atendía á respuestas, y volaba de lámina en lámina, traduciendo y exclamando:

—¡Qué historia tan lastimosa, caballero! ¡qué historia tan lastimosa!

Estábamos en esto cuando llegó Galván, mojado como una sopa y tiritando de frío. Al punto que lo ví me eché á reír. El callaba cómo un difunto, y de cuándo en cuándo fruncía las cejas, con una expresión tan fea que causaba horror.

—La jornada ha sido divertida, le dije.

—Sí, verdaderamente que sí, me contestó.

—¿Y tu caballo es de aliento?

—Poco faltó para que no le pasara un diablo y le sacara el alma.

—¿Y cómo diablo? dijo María Dolores.

—Dispense usted, señorita, añadió; el agua que me ha pasado hasta el corazón me ha helado las telas de la cabeza, y no sé qué decir.

—Tal vez, dije yo, un poco de agua caliente....

—Tómese usted la que quiera, que yo.... y empezó á exprimirse las mangas de la chaqueta que goteaban como un manantial.

—¡Pobre muchacho! dijo Dolores, y sacó prontamente una muda cabal del maletón del papá.

—Vístete, y luégo conversaremos. Galván se resistía.

—Yo iré á sacar.....

—¡Chito! le grité.

—¿Qué sacarías? dijo Dolores.

—Unas pistolas, respondió Galván, que no halló otra cosa que decir.

—Sí, muy buenas para el frío; póntelas, amigo, como botas, y quedarás lucido.

En fin, tanto instó la señorita y con tal amabilidad, que accedí con los ojos á los ruegos de mirada que mi asistente me dirigía, y retirándose aparte se puso como nuevo. Se dilataba yá mucho y Dolores empezó á llamarlo.

—Si estoy tan feo, decía Galván desde la alcoba—parezco personaje de sainete: voto á bríos! que me tengo de poner mi ropa mojada otra vez.

Dolores entró y sacó del brazo á Galván, que estaba de veras digno de verse. Los pantalones eran anchísimos y largos, de suerte que á Galván, que es de pequeña estatura, le arrastraban. El chaleco le tapaba la barriga, y las mangas de la casaca de mahón amarillo le embarazaban el uso de las manos. Con tan gentil figura, con tan lindo arreo, salió de la alcoba, no por su voluntad, sino por la de la que era dueña de la mía.

—¡Bravo! ¡muy bien, exclamé yo!

—Aún falta lo mejor, dijo María Dolores, y se quitó un pañuelo para ponérselo de corbata.

Las mujeres más doctas en vestirse son desmañadísimas para vestir hombres; así es que los que ellas adornan quedan siempre como santos de pueblo. Galván se reía de ganas viendo el empeño que había tomado la señorita por amarrarle la corbata, y mostraba lo mejor que tiene, una dentadura de marfil, igual como las horas.

—Una rosa ha de ser, decía Dolores, una rosa á la *derniére*: estire, señor galán, el pescuezo. Vaya que usted parece harto de chuzos! y ¿por qué tanta risa? Pues cierto que está usted tan cabal como el que mejor.

Yo estaba recostado contra una pared y lo veía todo, y lo oía todo, y nada comprendía de tal enredo. Más mojado que Galván estaba yo, y yo le había prestado mi ruana, ¿por qué, pues, ella no me había dado siquiera un pañuelo para refregarme la cabeza? Me moría de rabia, y hubiera dado algo por hallarme en

lugar de Galván, cuando acabando de atarle el pañuelo le dió una cachetada y se volvió á mí diciendo:

—¿Qué tal le parece á usted que está mi señor galán? lindo como un lucero, ¿no es esto?

—Yo no me llamo galán sino Galván, dijo éste.

—Vale lo mismo, dijo ella; mejor es este nombre.

Estábamos en esto cuando entró el tío con una bandeja de asado. Sorprendido no atinaba el pobre con lo que significaba esta transformación, este hombre con sus vestidos y con una gola de pañuelo como un pisco. Se quedó parado y sin decir palabra.

—Yo le explicaré á usted el misterio, dijo María Dolores; este mozo es paje ó soldado del señor, vino mojado y le he puesto como nuevo con la ropa de su maletón: ¿tiene eso algo de raro?

—Ya se ve que no; pero.....

—Cenemos, cenemos, dijo Dolores, para todo habrá lugar.

Es incomprensible el imperio que la joven tiene sobre el tío, imperio suave, de amor, incomprensible por el genio adusto y severo de D. Manuel. Nunca he creído en hechiceros, pero cerca de María Dolores tengo que confesar que no hallo la cosa muy imposible.

Entonces fué cuando con la botella en la mano, y en medio de sales y donaires, quiso saber mi nombre.

—Me contento por ahora con eso, añadió; tiempo tendremos luégo para que usted me dé cuenta de su vida. ¿Su permanencia en Bogotá será larga?

—De un mes á lo más.

—¡Ah! ¡Ah! tiempo sobra. Galván, copa para Peñalosa, para papá, para mí; con más garbo porque así desacredita usted á su camarera.

Y luégo volviéndose á su tío:

—Papá, gran día es aquel en que se encuentra un amigo; la fortuna parece depararnos uno; sellemos la amistad con las copas: así es que me gusta á mí. Y fué diciendo y haciendo; aquella mujer mandaba como tirano y se le obedecía con gusto; era un relámpago; en todo estaba; reía, hablaba y no se olvidaba de hacer de cuando en cuándo un cariño á su buen papá, que estaba como lelo, sin hacer más que lo que hacía yo, ver y admirar.

—¡Viaje! ¡viaje! exclamó de repente y cuando nada casi habíamos comido. Todos nos parámos. Cuando los caballos estaban listos detuvo al tío y me dijo:

—Usted, Galván, arriba! á Bogotá á dormir bien. Papá..... habló al oído á él alguna cosa, y luégo me dijo el tío, dándome la mano:

—Pasado mañana esperamos á usted en casa, en la calle del señor San Lucas, número 17, unas ventanas verdes.

—Si no es molesto á usted, yá se entiende.... añadió la graciosa señora.

Yo no supe qué responder que fuera bueno, y Galván dijo algo. Nos despedímos y montámos.

CAPITULO II

—¿Qué te parece, Galván? dije yo á mi asistente que trotaba á mi lado, después de media hora de silencio.

—¡Maravilloso! ¡Maravilloso! respondió éste, que iba como un canónigo, flotando su ancho vestido con el movimiento del caballo y con el viento de la noche que empezaba á levantarse.

—Para ti, como por pascuas: linda muchacha, ¿no es verdad?

—¿Sabe usted lo que estoy reflexionando acá para mí? que la tal señorita es una loca.

—Pero caso de serlo, es la más graciosa loca que se haya visto.

—Y la más hermosa también. Si viera usted qué sabroso huele y qué cachetada, ¡por San Roque! que sólo ella puede decir le manosee donde le sale la barba á Galván. Pero bien, señor Capitán, ¿qué piensa usted hacer? ¿se quedará aquí? ello.... ¡pues no era mala la idea! si le digo á usted que entonces tiene que suspender su marcha dondequiera que llegue, porque le hago saber, si no lo sabe, que todas las bogotanas son lo mismo.

—Mejor, estaremos mejor, pero dime: ¿aquella torre, qué torre es? la que se divisa de aquí, por entre estos árboles, sobre aquel edificio blanco?

—La de San Francisco, señor, y aquella la de San Diego y....

—Piquemos y entremos á la ciudad, que tengo ganas de quitarme esta ropa.

La noche era oscurísima, y entré á mi posada sin conocer nada. Iba recomendado á un amigo, pero éste estaba en el campo; con que fué preciso acomodarse como se pudo. Decir la noche que pasé, será excusado: mis ojos no hallaban consuelo y estaban cargados de imágenes de dicha, de esperanza y de inquietudes, pero no de sueño. Deseaba con ahinco la aurora del día en que habían de ver mis ojos el cielo de mi amor, pero se dilataba como la ventura para los hombres.

Por fin la luz tan deseada rayó en el balcón de mi cuarto y me dió la fuerza que la larga trasnochada me había quitado. Me hice conducir de Galván derecho á la calle de San Lucas, lisonjeándome con la idea de no conocer otra casa primero que la suya. Golpeámos, y Galván se volvió á la posada. El corazón me palpitaba al alzar el picaporte, y cuando oí la voz que había sonado

continuamente en mi oído durante mis vigilias y en mis sueños, creí no tener valor para dar un paso. No sé qué cosa tan particular me sucedía: cuando estaba más lleno de amor, cuando sentía que mis venas se hinchaban de agitación y de afecto, entonces permanecía mudo como una estatua y no sabía qué decir. Subí con la mayor prisa que pude, y me hallé con mi hermosa y con otra señora un poco mayor que ella, que estaban acariciando un toche amarillo como el oro. Al momento de verme María Dolores, me tendió una mano blanca como el marfil, y presentándome á la otra señora, le dijo: éste es, Constanza, el sujeto de quien te hablé, con el que nos encontrámos en el camino, y el que presento á su señoría como un amigo mío muy apreciado. La primita me recibió con cierto aire de frialdad que me hubiera desconcertado á no ser porque María Dolores no me dejaba resollar á indagaciones. Al momento me preguntó por Galván. Pregunté á mi vez por D. Manuel, y me informaron que había vuelto á la hacienda. Dije que lo sentía, y en efecto era así, porque la parte de afecto que me había dejado libre el amor de Dolores lo tenía el buen tío de mi adorada.

¿Quién es bastante elocuente para poder describir aquellas dulces conversaciones sobre objetos diferentes, pero en las cuales se entienden dos corazones que comienzan á amarse? ¿Quién pudiera pintar el agrado celestial de Dolores y sus gracias y la felicidad con que embalsamaba mi corazón? Nada le había dicho de mi amor: ella alejaba mi conversación sobre este punto, y me hallaba tan adelantado como el primer día; pero un incidente vino á cambiar mi ventura. Una tarde entré á su casa cuando yá el sol iba á ponerse. Gustaba de ir á esta hora, que siempre ha sido muy triste para mí, y la dejaba pasar sin sentirla: ¡tánto me ocupaba ella el corazón! Hallé sola la sala, pero en el extremo de un corredor que daba al jardín percibí un sonido como de música, que venía por entre los árboles y los rosales hasta mis oídos con el viento que barría las plumas de las palomas que debían haber peleado por celos. Sin más reflexionar abrí la puertecilla de un cuarto que hasta entonces no había visto, y ¡cuál fué mi sorpresa cuando vi á María Dolores al lado de un joven como de veinticinco años, de ojos negros como el ala de la tempestad, de cabellos crespos y de hermosa figura, y ambos inclinados leyendo un libro! A un lado estaba D. Manuel deshojando unas flores y examinándolas con la mayor atención. Al ruido de mis pasos y al que hizo la puerta, todos tres volvieron la cara. Dolores se puso como el cielo de Oriente, enrojecida; el joven me miró fijamente de arriba á abajo; y D. Manuel, sin suspender su estudio botánico, me alargó la mano.

—Sin duda, dije yo, que mi presencia los sorprende á ustedes, pero la amistad no gusta de secretos.

—Y cabalmente este es el cuarto del secreto, dijo Dolores, y no lo esperábamos á usted.

—Entonces, adiós, contesté tomando mi sombrero, y rogando que perdonaran mi indiscreción.

—Con otro estaría eso bueno, respondió D. Manuel; pero con usted de ninguna manera. Deje usted que sigan en su lección; nosotros hablaremos aparte; y me llevó á la ventana que era el repositorio de su historia natural. Empezámos á hablar de botánica, mientras que Dolores y su maestro de francés traducían yo no sé qué cosa, pero que era de amores y de muertes, por lo poco que yo pude percibir. Encantado y admirado se mostró D. Manuel cuando supo que yo había hecho un curso de botánica, y que sabía algo de esta ciencia. En medio de nuestra viva conversación, mi ojos rodaban por toda la pieza. Las paredes estaban empapeladas con azul turquí, y había asientos sencillísimos, un piano y una guitarra. ¡Conque también sabe tocar, decía yo para mí, y cantará también, porque su voz es una armonía! La lección acabó y nuestra conversación continuaba, de suerte que Dolores se puso á la espalda del tío que estaba de pie como yo y enfrente. Habíamos hablado de mil flores bellas, hasta que cayó en nuestras manos una rosa de taza que era nueva, según dijo D. Manuel, en Bogotá.

—Esa se llama en Cartagena *la flor de los desenganos*, dije yo.

Dolores se rió, y miraba al maestro, que estaba pensativo á su lado. En esto sonó la oración, la que rezó aparte D. Manuel, y luégo nos despedímos, porque aguardaba á María Dolores una amiga en casa de su prima. El maestro la tomó del brazo: quise llevarla yo, pero cuando ocurrí fué tarde.

¡Qué pasión tan violenta y tan tirana son los celos! Yo, que creía seguro yá el corazón de la que amaba; yo, á quien mil señales de predilección había hecho creer venturoso, me hallé ahora solo, atormentado, sin esperanzas. En un momento, con un solo incidente, habían caído a tierra los brillantes alcázares de mi felicidad, y no había yá que dudarlo; María Dolores era de otro, de otro á quien se daba la confianza del gabinete, del que ni una sola palabra se me había dicho. ¿Pero por qué me quejaba? Había hablado yo á Dolores de mi amor, ella me había dicho acaso que me correspondía? ¿Y quién era este maestro? Me parecía un ángel de hermosura, lo odiaba, lo hubiera querido matar! ¡Qué pasión tan tirana es la de los celos! ¡Guárdate, amado lector, de abrigarlos por un momento en tu corazón!

Con tales reflexiones, en tan apurada situación volví á mi casa. No quise saber de nadie, y me acosté. Galván me hablaba, y no quise responder palabra. Por fin, á la madrugada me sentí más aliviado, abrí la ventana, y con el fresco de la mañana se me refrescó algo la cabeza, que parecía un volcán. Galván me trajo

chocolate, y para obligarme á tomarlo, dijo mil cosas que hubieran hecho morir de risa á un hipocondríaco ; yo permanecía inflexible ; pero él me mostró los dedos que se había quemado al hacerlo, y á argumento tan de bulto no pude resistir. Por fin me reí, y entonces empezámos á hablar.

—Es usted un loco, me dijo.

—Convengo.

—¿ Y sabe usted lo que hacen con los locos ?

—Nó.

—Pues aquí los desuellan como á San Bartolomé.

—Mejor.

—Sí, para mártir sin duda nació usted. Escóndase, escóndase, que ahí viene un capacho con una jeringaza de á vara : corra, corra, que lo alcanza.

Y yo no sé lo que fué, pero estaba en tal estado que empecé á correr. Entonces Galván, deteniéndome por el brazo, me dijo: no, no, señor, qué ! ¿ Está usted dormido ? ¡ Despierte ! ¿ Qué es lo que tiene ? ¿ No ve que son mentiras ? Venga conmigo. Yá ve usted que aquí no hay capacho... aquí tampoco.... aquí menos, esto ni huele á capacho.

Y diciendo esto yá me había hecho andar toda la casa, huerta, solar, corredores, alcobas... La risa me ahogaba y no podía defenderme, hasta que al fin me soltó en una silla en mi cuarto.

—Yá ve que son aprensiones : conque ahora encienda este cigarro y dígame què es lo que tiene.

—Estoy enamorado.

—¡ Enamorado ! exclamó Galván, ¡ enamorado ! Y se rascaba la cabeza.... ¿ Conque enamorado ?

—Sí, enamorado : sin que te quede la menor duda.

—¡ Enamorado ! Pues no es mala gracia, decía paseándose : yá lo había adivinado.... Qué le parece; ¿que yo no he visto esas guiñadas tiernas que dirigía á nuestra posadera ? Vamos, y es mujer doble : será un amor de á fanega.

—Cómo deliras—añadí—y luégo le conté quién era la que me atormentaba, y el objeto de mi afliccion.

—Todo se compondrá, señor, todo se compondrá. Y salió sin aguardar á más.

Yo me quedé sin saber qué hacer : cogía un libro, lo abría, lo cerraba, leía sin comprender nada, y por todas partes creía oír los acentos de Dolores, y ver la cabellera del maestro, su actitud y sus miradas.

Galván fué en seguida á la casa de mi amada, y sin más preámbulos se entró al jardín. El me contó después que se puso á coger amapolas cuando entró María Dolores.

—¿ Qué haces ahí, alhaja ?

—Cogiendo amapolas.

—¿ Y para qué ?
—Para un enfermo.
—¡ Quién está malo ?
—Mi amo, pues.
—¡ Sí ? ¿ Y de qué está enfermo ?
—De un mal así, tal cual, que no lo deja dormir, ni descansar, mal....
—¿ Pero qué siente ?
—Lo que siente... yo no sé lo que siente ; pero lo que hace, eso sí sé yo lo que hace.
—¿ Y qué hace ?
—Pues no estar quieto, cantar, fregarse las manos, tomar una cosa, dejarla, salir, entrar..... está.
—¡ Ah ! Buena es aquella enfermedad que no hace guardar cama.
—Sí, lástima da verlo, tiene los ojos tan hundidos ! ¡ Está tan pálido ! ¿ Pero por qué se ríe usted, señorita ? Ojalá que á usted le dé el mismo mal !
—¿ Pero qué mal es ?
—Pues así.... él mienta mucho á una señora : una señora que le dió una cita y qué sé yo qué más.
—¡ Una cita ? ¿ Y cómo se llama ?
—Qué sé yo, ni sé tampoco que le diera cita : es que se me pone.
—¿ A qué horas fué á tu casa ayer ?
—A la oración.
—¡ Y en todo el día qué hizo ?
—Tocar y escribir.
—¿ Pero salió de su casa ?
—Nó, hasta las cuatro no salió.
—Cóge tus amapolas, Galván, y díle que deseo su reposición. Y se salió sin decir más.

Quise informarme de quién era el maestro : para esto pasé á casa de mi primita, conversámos largo rato, me dijo que se había estado jugando y bailando hasta las once, y que María Dolores había estado de mejor humor que nunca ; pero no me atreví á preguntar lo que deseaba.

Volví á mi casa y tuve que ir á la oficina del ministro de la guerra. Con él estuve largo rato, y me dijo que tenía que partir al otro día con pliegos para el Sur, donde amagaba la guerra, y con el encargo de levantar una compañía. Salí lleno de contento; iba á dejar lo que más amaba ; la esperanza de olvidarla pronto, á ella que tan mal se había portado, que tenía un amante, hacían agradables los proyectos de mi viaje.

Por la noche, arregladas yá todas mis cosas, quise saborear la copa amarga del infortunio en una despedida sin declaración. Me

puse de limpio con vestido blanco y me dirigí á su casa. Eran yá las siete. Entré, y al primero que encontré fué á D. Manuel. Le dije que iba á despedirme, y se mostró afligido. Empezámos á hablar, y ni una palabra había dicho de María Dolores. Sentía yo adentro cantando á voz baja la linda canción *Sueñas si piensas niña*, al mismo tiempo que revolvía trastos y papeles, y qué sé yo qué más. ¡Irme sin decirle siquiera adiós! ¡Sin ver por última vez sus ojos centellantes, sin que ella me dijera tan sólo: ¡Lleve usted feliz viaje! ¡Irme y saber que no volvería sino para encontrarla en poder de otro! ¡Qué situación! ¡Qué momentos tan amargos! Me despedí de D. Manuel, y en el corredor dejé expresiones para ella. Estaba en la calle cuando me sentí llamar; volví la cara y era ella que al rayo de la luna con un pañuelo blanco en la cabeza y adornada de flores me rogaba que entrara. A tan dulce llamamiento, imposible era no obedecer.

—¿Conque se va usted? me dijo al entrar, dándome la mano y haciéndome sentar junto á sí. ¡Buen primor, Peñalosa! ¡Y sin despedirse siquiera de sus amigas!

—¡Mis amigas! dije yo con un aire fúnebre.

—Sí, añadió, sus amigas que estiman á usted y que en nada le han faltado.

—Son muy tristes las despedidas para los que se van, muy alegres para los que se quedan.

—¡Papá! Sobre la mesa está su caja si es que usted la busca, le dijo á D. Manuel que pasaba por la sala con un libro abierto, como un monje majestuoso envuelto en un capote de paño blanco.

—¿Y cuándo vuelve usted?

—¡Jamás!

—¿Tan mal le ha ido á usted? Respóndame.

—Es porque tengo un presentimiento de que me han de matar: la guerra va á encenderse, y yo haré....

—Guárdelo el cielo de tal cosa. ¿Qué? ¿Tan poco valemos sus amigas para que usted quiera....? Sé que está usted enfermo.

—¿De qué? Pregunté yo sorprendido.

—Del no dormir, de no comer, de la cabeza, del corazón. Las citas frustradas le volverán á usted loco.

Yo me confundía, ¡qué citas! ¡Quién le había contado que yo estaba malo!

—La engañaron á usted lastimosamente, María Dolores.

—¡Ojalá fuera así! dijo dando un suspiro, y levantándose entró á su cuarto y sacó una cosa en un papel.

—Póngaselo usted en mi nombre: él le guardará á usted de todo peligro y lo volverá á traer sano y salvo. ¿Me lo promete usted?

Yo recibí el papel, lo abrí, era un escapulario de la Merced;

lo llevé á mis labios, y tal vez, lo confesaré, fué más beso de amor el que imprimí sobre la santa reliquia, imaginando que habría estado sobre su seno, que acto de piedad.

—Yo no puedo prometer nada. Yo no soy libre. Me mandarán marchar, y la bandera es el norte de un pobre soldado. Con que.... y no pude decir más. Mi mano estaba unida con su mano, mi corazón daba fuertes latidos, y los del suyo y su agitación se percibían, se notaban, se sentían.

¿Quién me impidió entonces el botarme á sus pies y hacerle la confesión de un amor ardiente, puro y desventurado? Sobre sus ojos se dejaban ver algunas ojeras celestiales, su frente tenía cierta palidez, y toda su cara, iluminada con la luz de las bujías, semejaba á aquel color de perla melancólico que tienen los líquidos rayos de la luna de verano.

—Separémonos, dijo levantándose: piénseme usted y vuelva si acaso....

—Volveré, dije con ronco acento, volveré.... y tomé mi sombrero y desaparecí.

Tenía que ir á casa del ministro á las diez. Eran las nueve y media según la señal funestísima de la queda que sonaba en un monasterio lejano. Comencé á andar, y sin sentirlo me hallé en Egipto. La ciudad estaba sepultada en silencio. Tál cuál farol brillaba al atravesar una cuadra, y las estrellas del poniente radiaban como hogueras. Ví desde aquella eminencia un torrente de luces que pasaba por un claustro, y en silencio de la noche percibí los sagrados acentos de las vírgenes cristianas que rogaban á la Madre de Dios aplacara las borrascas de su alma y las dirigiera á feliz puerto de salvación. Acordéme entonces de mi hermana, que había muerto yá en uno de estos asilos de la paz, al que la habían llevado las desgracias de la familia, y más que todo un amor sin correspondencia. "Cuán separados van á estar nuestros sepulcros, exclamé; tu cuerpo duerme bajo un mármol tranquilo entre los perfumes del altar del Señor, adulado por las melodías de tus hermanas; mientras que el mío será barrido por las tempestades en un campo desierto, entre armas, entre despojos, y confundido con los restos de mis compañeros!»

Esto lo decía arengando. Me sacó de mis meditaciones Galván, que me había seguido, temiendo alguna desgracia, y que me avisó que era la hora de ver al ministro,

---

CAPITULO III

Yá no parto: el ministro me dijo que había cesado la necesidad de mi marcha al Sur; conque me quedaré al lado de mi ami-

ga, de esta mujer celestial que tántas pruebas me ha dado de ternura. ¡Con qué plácida alegría me recogí aquella noche en mi lecho! Mil sueños deliciosos vinieron á encantar mi reposo, y el aura de la misma felicidad era la que respiraba. Hubiera querido yo ocultarme por tres ó cuatro días para que María Dolores sintiera mi ausencia, y pagara así con algunas lágrimas amargas las penas que me había hecho sufrir en el cuarto del secreto; pero las escenas de la noche anterior me tenían la cabeza en movimiento, como un torbellino que levanta en los aires todas las hojas secas del verano. No puedo resolverme á hacerla sentir un dolor, porque mi amor hacia ella es tal, que quisiera que ni el viento incomodara su cara, que las rosas de su juventud no tuvieran espinas que lastimaran su corazón. ¿Cuando hacía todas esas reflexiones estaba seguro de que ella se acordaba siquiera del pobre soldado que no tiene fijeza de ver caer el sol bajo el mismo cielo donde lo vió salir, y que dependiendo de otro, sólo tiene un afecto estéril que ofrecer?

No lo sabía; pero la esperanza es como un soplo embalsamado que refresca las heridas del corazón que late por última vez, y es la única cosa que sobrevive á las desgracias y á los infortunios.

Al otro día á las cinco de la tarde estaba yá cerca de ella. Imposible sería dar una razón exacta de lo que le dije y de lo que me contestó: lo cierto es que yo estaba sentado á su lado, y lo único que recuerdo fueron estas palabras que con un agrado inexplicable dirigía al que se había dedicado por su esclavo en las aras de amor.

—¡Y si yo no lo quisiera á usted! ¡Sin duda que fué mucho aventurar el suyo, Peñalosa!

—Y si usted no me quisiera, no falta ni valor ni fuerza á mi brazo para dar fin á mi vida.

—Sería echar la zoga tras el caldero.

Y después habló de su madre, que había perdido en la cuna, y de los trabajos de orfandad. Poco faltó para que la igualdad de infortunios hiciera saltar mis lágrimas; las de la joven corrían, y volviendo la cara á un lado mojaban su chal; y hé aquí cambiada una escena de amor en otra de lágrimas y sollozos. La súbita entrada de D. Manuel dió fin á nuestro enajenamiento.

Me habían convidado para el gabinete misterioso. Debíamos tomar chocolate en el jardincito, y oír tocar el piano á María Dolores. No salta con mayor velocidad el caballo al són de la trompa que lo llama al combate, como estuve yo de pronto aquella tarde.

Estaba serena, el aire que se movía meciendo las copas de las rosas y jugando entre las ondas de las cortinas, era suave, como lo eran los pensamientos que halagaban mi fantasía. El espacio

azul de los cielos contrastaba con el fuego de un poniente todo llamas y movimiento; porque el huracán se había desencadenado por aquella parte, y las nubes se revolvían con una majestad inaudita. El jardín estaba lleno de rosales, y en la mitad se levantaba un salvio viejísimo, que daba sombra más de diez varas en contorno á un césped verde y oloroso donde habían levantado unos escaños, tras los cuales oía el ruido de una alberca, cuyas aguas bebían aquellas plantas afortunadas. Todo esto lo vi entonces, antes no me acuerdo sino de las palomas que peleaban en el corredor y cuyas plumas barría el viento.

Apenas me divisó María Dolores corrió á mi encuentro, saludándome con el último agasajo. Llevaba vestido azul, rosas blancas en la cabeza, ¡ y los ojos!.... es preciso haberlos visto cuando, fulgurando como una luz celestial, brillaban más que los diamantes que adornaban sus manos, para formarse una idea del lústre de salud que los anima; es necesario haberlos visto para comprender la elocuencia persuasiva que reina en ellos.

—Fiel á mi palabra, puede disponer usted de mí toda esta tarde.

—Creí que no hubiera venido.

—Mi tarde estaba vendida, y en otra parte no la podría pasar mejor.

Asidos de la mano fuímos á sentarnos cerca de los rosales. A este tiempo entró D. Manuel refregándose las manos y asegurando que ninguna otra cosa le estuviera mejor que tomar un buen chocolate, ponderando largamente el beneficio que Dios había hecho á los hombres con el regalo de esta deliciosísima almendra. Ello fué que los deseos de D. Manuel quedaron satisfechos, y como tenía que ir á San Agustín á arreglar no sé qué réditos, se despidió de nosotros, aunque María Dolores le hizo la reflexión de que no sería justo quedara sola conmigo.

—¡ Cierto que sería muy triste la situación de una mujer á quien fuera necesario estar siempre celando! la honradez debe estar en el corazón de las jóvenes, no en los ojos debilitados de un viejo que con tánta facilidad puede engañarse. Quédate, que es injuria de la amistad la imprudente desconfianza.

Y se salió, apretándome la mano con tal ternura que parecía decirme: Dolores es mi único bien: ¿usted no será mi amigo? Sí, lo seré eternamente, buen anciano, y tu hija estará tan segura á mi lado como al tuyo.

Héme aquí, lector, junto á la que amo más que á la luz de mis ojos, callado como un difunto y sin atreverme á decirle tán siquiera: ¡ Duélete de mí, Dolores de mi corazón ! Uno al lado de otro, nuestros ojos fijos en el suelo, sin atrevernos á alzarlos, mi corazón latiendo con una violencia inaudita; y si yo estaba turbado, no lo estaba menos la hermosa, que un momento estaba

pálida como una estatua de cera, y al instante mismo enrojecida como una rosa de Alejandría..... ¿No había anhelado yo tanto por este momento? ¿En mis vigilias y en mis sueños no había delirado con la hora afortunada en que pudiera decirle que mi corazón era suyo, y que dispusiera de mí á su voluntad? ¡Cosa incomprensible es el corazón! Sus movimientos contradictorios son como el flujo de un mar proceloso que azota las playas y que luégo se sepulta á barrer la inmensidad de los abismos. Por fin le dije: ¡Oh! ¡si pudiera llorar todos mis ojos, tal vez pudiera aliviarse el enorme peso que oprime mi corazón!

—Usted se arrepintió muy pronto de no haberse ido; tal vez en otra parte sería usted dichoso.

—En todas partes siempre sería el mismo; pero junto á usted, por embarazosa que sea mi situación, no la cambiaría por la corona de un rey.

Trajeron el chocolate, el más gustoso que haya tomado en mi vida. No habíamos acabado, cuando hé aquí el maestro que entró con sus ojos negrísimos, su negra cabellera y su cuerpo garboso, y hasta cierto aire de melancolía y un silencio reflexivo que lo volvían más temible á mis ojos. Inclinándome á María Dolores le dije en voz baja: si hubiera sabido esto, cierto que no hubiera venido. María Dolores me arrojó una mirada imperiosa en que se leían alegría y reprensión, mezclada con dulzura y tristeza.

Lo saludámos y entrámos al gabinete; con esta diferencia: que el maestro entró adelante; en la puerta las manos de ella y las mías se enlazaron, y esta prenda de seguridad, que á cualquiera otro hubiera tranquilizado, yo la eché en olvido un momento después.

CAPITULO IV

—Por fin se cumplió mi deseo; oiré tocar á María Dolores.. ¿Y por qué la otra ocasión mi presencia los desconcertó á ustedes? Mi pregunta era indiscreta; pero la señora de mi alma respondió con viveza:

—Nosotras tenemos mucho miedo de los militares, sus bigotes de usted nos asustaron.

—¡A saberlo! contesté yo; vuelvo á pedir mil perdones.

—Esas cosas están yá olvidadas, y los tiempos han mudado, ¿no es esto, Peñalosa?

—Sí, dije yo; y tomámos asiento junto al piano. María Dolores instó al maestro para que tocara alguna cosa; y él, que á lo que parecía no tenía otra voluntad que la suya, empezó registrando con la última perfección. Tocó un vals que dijo ser dedicado á su discípula, cuyo nombre era *Recuerdo de un infeliz*, y luégo

una contradanza, y después un *minuet* del celebrado Hayden. Aquel hombre parecía que existiera todo en sus dedos, y con la agilidad mayor trinaba, se suspendía, redoblaba, ahora parecía desfallecido para volver al punto con nuevas fuerzas victorioso por las teclas con un abandono tal y con una maestría tan consumada como el mejor. Mientras él se embelesaba, María Dolores me lanzaba unas miradas tan llenas de amor que me dejaban el alma como meciéndose en el espacio, suspendida de las niñas de sus ojos. Tocóle su vez, y con la última gracia del mundo se llegó al piano. El maestro, por supremo esfuerzo de su arte, había ejecutado cuatro diferencias en las *folías*, y cansado de la ejecución y sin recibir por tributo un *muy bien, señor*, se había parado en una esquina del piano. Yo me levanté y me puse en la otra, en tanto que María Dolores con su frente serena y sus ojos que parecían reírse, dominaba como reina el piano y los corazones de los oyentes.

—Me gusta mucho, dijo, el acompañamiento de la canción de *Ausencia es mar de penas:* ¿quiere usted oírla?

—Con el mayor gusto.

—Sus notas son todas muy tristes.

—¿Usted sabe, añadió Ricardos, que el que la compuso fué un amigo mío? Yo le puse el acompañamiento.

—Sí, añadió María Dolores; ése se llama Fulano Ortiz, el que cantó las flores: parece que es harto infeliz: á lo menos todas sus poesías son tristísimas.

—Ahora no sé qué será de él, respondió el maestro; pero á juzgar por su semblante, su situación ha cambiado mucho.

—Es que los tiempos varían, añadí: pero oigamos, oigamos.

La ejecución era dificilísima, y María Dolores cambió súbitamente y empezó á tocar un *bambuco*. No tenía la facilidad que da un largo hábito; pero bajo sus blancas manos gemían las teclas con la mayor sensibilidad, y escuchaba yo los suspiros del viento entre las florestas, y los ayes de gozo, y los quiebros ternísimos de una flauta modulada entre las montañas. Sus facciones se animaban por grados, su semblante se encendía, y sus dedos, al caer sobre el teclado, parecían pedazos de marfil más blancos que la nieve; hasta el perfume de las rosas que se marchitaban sobre su frente, y que venía á nosotros, aumentaba el encanto; y el maestro de un lado, y yo del otro, ambos callados, parecíamos estatuas de hombres que esta nueva Armida tuviera amarrados con sus hechizos, prontos á transformarlos en lo que quisiera. Pensaba yo entonces, yá que todo he de decirlo, en la felicidad que debe gozar el que une su suerte con inmortales juramentos á la suerte de una mujer como María Dolores, y el consuelo que Dios dispensa al que se casa joven con una hermosura que entienda sus miradas y lea y corresponda hasta el último pensamiento de su alma. Re-

flexionaba que en Italia hubiera sido Corina con más modestia ; y sin saber lo que decía, ni delante de quién estaba, exclamé :

—¡ Ca....! ¡ Esto es mejor que todo en el mundo !

De repente se levantó Dolores ; las cuerdas quedaron gimiendo largo espacio; el semblante del maestro se encendió con la sorpresa, creo también que con el gozo ; yo salí de mi sueño y reconocí mi falta ; quise seguirla á ella, que huía llena de majestad á ocultarse de un hombre ruin é indecente ; pero no pude sino caer á sus pies, mientras que sin mirarme siquiera entró á la alcoba. Sus vestidos se rozaron contra la alfombra, y las flores de su frente cayeron á mis pies al movimiento de indignación que hizo para que no la siguiera. Las cortinas la taparon á mis ojos, como una nube oculta la estrella de la tarde cuando amagan largas tempestades. La que debía sufrir yo, había empezado ; yo mismo con mi indiscreción había provocado sus furores : resignado y casi muerto de amargura me levanté para tomar mi sombrero. Entonces reparé otra vez en Ricardos, cuyo semblante estaba lleno de alegría ; por cierta contaba él mi ruina ; y por no aguantar sus risas burlonas y sus cumplimientos satíricos, me salí sin hablar palabra.

Mejor estuviera hacer aquí una suspensión y pasar en silencio los dolores y las penas que aquella palabra, que aquel elogio de soldado me acarreó. ¿ Merecía yo tal rigor ? Conocía que era culpado ; pero mi falta, más bien que ser efecto de perversidad de corazón, lo era de las compañías que había tenido desde niño, de mi vida entera pasada en los cuarteles. Mírese como se mire mi elogio, decía yo, nunca argüirá daño de corazón. ¡ Pero una virgen ! ¡ una mujer que no ha oído sino palabras castas ! ¡ una señora ! añadía, y me juzgaba tan criminal como el que profana un templo.

Volví á mi casa. Estaban allí aguardándome Morán, buen amigo mío, que tenía gana de ir conmigo al teatro, y Galván, que al verme entrar cabizbajo, frunció feamente las cejas. Eran las siete y debíamos irnos : Morán tomaba ponche y por intervalos limpiaba unas pistolas. No quise decir á nadie la causa de mi pesadumbre, aunque ellos la conocieron á tiro de ballesta : ¡ vime al espejo y se me habían formado unas ojeras tan grandes ! yo no había llorado, pero no era para menos. ¡ Perder así no más con una palabra su amistad !

Morán me cogió del brazo, y llegámos al coliseo sin saber de nada, cuando lo primero que vi fué á María Dolores que tomaba asiento en un palco con D. Manuel, la primita y el maestro. Estuve tentado á gritar ; lo hubiera hecho, pero bastantes imprudencias había cometido. ¡ Ahora sí que mis celos volvieron á encenderse como una hoguera mal apagada en mi corazón ! Yo debía ocupar el lugar que tenía el maestro ; para mí debían ser

aquellas miradas de fuego ; yo debía respirar su aliento embalsamado ; sobre mi brazo debió apoyarse al venir, y mi brazo debía sentir el suave peso del suyo cuando volvieran á la casa ; para mí debía manifestar su amor Orosmán, y Dolores debía entender cuando aquél gimiera de amor. Todo esto lo había perdido ; estaba entre las ondas de la gente que reía, y yo, que quería llorar, no tenía un rincón donde hacerlo. Levantaron el telón, y pasó el primer acto sin que yo comprendiera nada ; largos palmoteos resonaban por el coliseo ; Morán me hablaba ; yo pretexté estar malo de la cabeza, y cuando alzaron otra vez el telón, me despedí. Salía yá con mil trabajos, cuando me paré al ruido de un palmoteo que atronaba el teatro, y volví á ver qué lo motivaba, pero los actores estaban callados ; giré mis ojos en rededor y no vi nada que me informara ; quise acabar de salir, y otro palmoteo me detuvo : pregunté á uno que estaba á mi lado :

—Es que se quite usted su sombrero ; me lo quité, y sin volver los ojos al palco de María Dolores, salí entre las risotadas de los concurrentes. Si la anterior escena me desconcertó, ésta heló mi sangre : ¿qué diría Dolores ? Ahora sí que acabaría de formar un juicio pésimo de mí! Como el hombre más incivil debí aparecer á sus ojos : ¡echar ajos delante de ella, no quitarme el sombrero cuando todos lo tenían en la mano ! Y no obstante esto, hasta el consuelo de las lágrimas me era negado. La noche la pasé sin ningún sosiego. Galván y Morán vinieron á la madrugada para aumentar mi aflicción.

—¿ Conque cuácaro ?

—¡ Y por qué no ?

—Es que aquí no se usa.

—Yá se acostumbrarán.

—Te quitaron de cierto el dolor de cabeza con sus palmoteos.

—No me lo aumentaron.

—A usted lo palmotearon más que á Villalba.

—Cáila, hablador.

—¡ Qué chanceros son los bogotanos, Peñalosa !

—Mejor dicho, Morán ¡ qué desconsiderados !

Nos acostámos, y dormí bastante, aunque siempre sobresaltado.

Imaginé ir al otro día á casa de D. Manuel ; y entre ir allá ó verme con la primita, vacilé largo rato. Al fin resolví dirigirme á mi amigo y contarle mis trabajos : sabía que él era indulgente, y que las mujeres son más tiranas en materia de etiqueta.

Me levanté y ahora se me ocurrió otra dificultad : ¿ cómo ir á su casa, cuando María Dolores con su salida me había como despedido de ella ? Resolví esperarlo en el atrio de San Francisco, por donde debía pasar á misa ; me estuve paseando largas medias horas, y el tal D. Manuel no parecía ; fuí á Santo Do-

mingo, á San Agustín, y nada ; y era que estaba trasnochado y y no salió á misa.

A las tres de tarde creí verlo que se encaminaba al correo ; desde media cuadra lo llamé ; él se paró ; pero ¡cuál fué mi sorpresa cuando reconocí que no era el que yo creía !

—Mande usted, caballero.

—Usted dispense ; juzgué que era D. Manuel.

—D. Manuel soy, señor.

—Ramos, dije yo.

—No, señor ; Bustamante, para servir á usted.

—Yo soy un servidor suyo, señor ; dispense usted y disculpe mi engaño.

—No hay de qué.

—Adiós.

Todo cortado fuí á casa de la primita, haciendo diez mil propósitos de no ser yá más tan atolondrado. Entré, y por no ir á engañarme me le acerqué tánto, que ella, que sabía la cosa del elogio, temiendo algo, se retiró.

—No, no, Constanza de mi corazón ; vengo á que tú me consueles, porque soy muy infeliz ; en el seno de tu amistad vengo á hallar remedio y consejo. Luégo le conté todo. Era de verse lo que aquella criatura se reía, y con la gracia con que lo hacía. Más de cuatro veces me interrumpió á carcajadas.

—¿ Qué tenía, usted, niño, cuando se puso el sombrero ? nos hizo usted pasar las penas del purgatorio ; María Dolores no sabía qué hacerse ; al fin descansamos cuando usted se salió.

—¡ Conque ella se interesó !

—¿ Y cómo fué para tomar usted á Bustamante por mi tío ? Necesita ser ciego el que los confunda....

Y volvía á reírse y yo me reia también.

Luégo que aquello pasó, me dijo :

—Pues, señor, lo que hay es que María está muy ofendida con usted ; dice que jamás lo volverá á ver, hasta que usted la satisfaga.

—¿ Y qué satisfacción pide ?

—Seis meses de penitencia por lo menos, Peñalosa.

—¿ Pero después será lo que antes era ?

—No lo puedo asegurar.

Esto sí me desconsoló más que todo.

—¿ Y el maestro ? le pregunté.

—¿ Sabe usted que él está más enamorado que Orlando ? Le ha venido la ocurrencia como la sopa en la miel ; ahora todo el día está allá, y por supuesto que la discípula aprende mucho.

—Yá lo creo. ¿ Pero lo amará Dolores ?

—No sea usted curioso, Peñalosa; las cosas todas á su tiempo se sabrán.

—¿ Y dónde puedo ver á D. Manuel, Constanza ?

—Aquí ; véngase usted esta noche á las siete, y pueden hablar lo que gusten.

A las siete estaba yo allá; entré, y había en la sala una algazara terrible : era que jugaban al ¡ay ! ¡ay ! ¡ay ! aguacerito ! el maestro, María Dolores, Constanza, la hermanita de Constanza, otro hermano que había salido del colegio para el carnaval, y unas señoras y caballeros que yo no conocía. D. Manuel estaba sentado conversando con su hermana doña Gertrudis, en un rincón ; á todos los saludé, y luégo me llegué á D. Manuel. María Dolores apenas se dió por entendida ; creo que ni me contestó el saludo. D. Manuel sabía yá la ocurrencia ; doña Gertrudis también ; yo le dije á él que se me debía dispensar por ser una ocurrencia impensada, y que, como no hay cosa que más se pegue que el estilo, no era de extrañar que yo, criado en el cuartel, cometiera tan leve falta.

—¿ Leve? saltó la vieja ; ¡ cállese usted, señor ! ¿ qué es lo que dice? ¿ y delante de quién ? El malcriadote debiera de considerar que estaba delante de María Dolores, que es una doncella delicada como una margarita preciosa.

—Sí, señora, sí ; pero yá ve usted ... fué un descuido.

—Ustedes, militares, hechos á tratar con gentes de baja ralea, creen que es lo mismo.... ¿ Para qué sufres tal sabandija en tu casa, Manuel ?

—Pero señora, yo apelo al testimonio de los que me han conocido por largos años en Cartagena, y de los que me honran con su amistad en ésta, que digan si mi conducta ha discrepado en algo de las reglas de una buena educación.

—Pero, señor, la prueba que usted ha dado es convincente.

—Una mala hora, mi señora Gertrudis.

La señora, sacudiéndose el faldón, se levantó incomodada y me dejó con la palabra entre la boca ; pero D. Manuel, con su calma imperturbable, tomó un polvo y me dijo :

—Peñalosa, usted en nada ha desmerecido del buen concepto que me merecía ; una palabra nada es á los ojos de los que piensan como yo ; usted debía haber visto quién lo oía.

—Pero, señor, ¡ si mi arrebato fué tal !.....

—No me interrumpa, señor ; usted debió considerar ante quién estaba ; mi hija merece más consideraciones ; pero repito que usted siempre será mi amigo.

—Mil gracias, señor D. Manuel ; cuente usted con mi enmienda y con mi arrepentimiento.

—Podía usted distraerse un rato, Peñalosa, porque seguían bailando y cantando versos muy donosos.

—María Dolores no lo tendrá á bien, le contesté ; ella ha dicho que no me volverá á admitir en su casa.

—Todo eso es jarabe de pico, Peñalosa; yo compondré sus negocios de usted.

—Gracias, otra vez, amigo de mi corazón. Apartéme, despedíme de él y me paré junto á una mesa para oír cantar á María Dolores, á la que habían dejado sin pareja; ella se avergonzó mucho; pero después, recobrada, cantó con una voz dulcísima este verso:

Te creíste encaramado
En los cuernos de la luna;
Te engañaste: porque el rayo
Del sol derritió tus plumas.

Oí, comprendí y me salí.

Esto era el último día de Carnaval. El principio de la cuaresma lo pasé lleno de tristeza; iba á casa de D. Manuel, pero no lograba ver á María Dolores; iba á la de Constanza, pero María Dolores se escondía por no verme. Estaba desesperando, y mi salud comenzaba á decaer; me hallaba, en una palabra, mal en todo. Pedí una licencia, y me despedí sin dejar que se supiera ni cuánto debía durar mi viaje, ni á dónde iba. Galván y yo montámos un día á las cinco de la mañana, y nos dirigimos á una hacienda de la Sabana donde residía un amigo que lo había sido de mi padre; lugar risueño, lleno de muchos árboles y con un prado verde, como las esmeraldas de Muzo. Los días que allí pasé, exentos de penas, pero sin los placeres estrepitosos de la ciudad, entre las diversiones campesinas, fueron como un entreacto á los dolores que había sufrido. Por la mañana iba á la lechería y percibía el sabroso olor que exhalaban los campos llenos de rocío.... ¡Con cuánto placer no me paseaba de tarde por las colinas y me dejaba rodar por el césped, lleno de alegría! Sabía que María Dolores no se acordaba de mí; pero la tranquilidad que me inspiraba mi buena conciencia, me hacía gustar de cierta calma feliz. Agregábase á esto que allí me querían como á hijo: al acercarme por la noche á la casa que humeaba, todos salían á recibirme. Yo daba lecciones de dibujo y de francés á Julieta, la hija mayor del casero; enseñaba á leer á Juanito, que era lindo como un amor; y Matildita me quería como si fuera su padre, su hermano y su todo. El padre hubiera querido que yo me quedara en su casa para siempre; yo reconocía el mérito de Julieta, pero mi pecho estaba yá sin corazón ¿y tal vez María Dolores me olvidaba?

Morán me escribió que me esperaban para la Semana Santa, y que los días de él eran el viernes de Dolores. Me despedí de aquella excelente familia con lágrimas en los ojos, y fuí otra vez á esperar lo que el destino dispusiera de mí.

No quise ver ni á D. Manuel ni á Constanza. El día de cum-

pleaños de Morán estuvimos muy divertidos. Era una fiesta toda de hombres, en que rodaban las copas y se usaban los juegos bruscos y las chanzas de los militares; hablámos de combates hasta media noche, y alternámos la conversación con el vino y con las guitarras. A la aurora salímos del convite para entregarnos al sueño.

El miércoles santo fuí á oir cantar el *miserere* á los padres agustinos á las once de la mañana. Me puse junto á un altar en una nave, y á poco rato llegaron dos señoras á sentarse á mi lado: eran Constanza y la prenda de mi alma: ¡hacía tanto que no la veía! ¡casi no la conocí! Estaba descolorida, y con unas ojeras tan divinas, que hubiera dado mi vida por marcárselas con dos besos de fuego. La saya le cae tan bien, que con dificultad puedo darse una mujer á quien más le luzca, ni que sepa dar más gracia á los pliegues de la negra mantilla. Lo que en otras es estudio, es natural en María Dolores. Pues la primita no iba menos linda; lo que tiene es que su belleza es belleza de rubia, muy blanca, que poco atrae; á lo menos tál me parece á mí. Mi corazón sintió tánto placer con este encuentro, que más no se diga; en mis ojos pudo leerse el gusto y el contento que me animaba el alma. Empezaron á cantar, y los ecos de las bóvedas repetían los quejosos acentos del que se humilló después de un gran crimen, y al que perdonó Dios por la sinceridad de sus lágrimas. En igual caso estaba yo, y esta identidad de circunstancias vino á representarme más al vivo todas las de mi desgracia, hasta que conseguí llorar. No fué tan silencioso mi llanto que mis sollozos no se oyeran; María Dolores los percibló, y creo yo que mo acompañaba en silencio. Terminó el *miserere*, y todos salímos; yo quise ver otra vez siquiera á la que había sido mi amiga, y la esperé en el atrio. Mucho dilataron en salir; no quedaba nadie sino yo en él, cuando sentí el ruido de sus pasos y de sus vestidos en el pavimento: temblando como la hoja en el árbol, esperé, y, lo debo confesar, nó porque yo quisiera aguardarla sinó porque las fuerzas me habían abandonado. Las saludé muy cortésmente cuando pasaban; ambas se echaron á reir, y María Dolores me dijo:

—¿Yá se confesó usted, Peñalosa?

—Sí, le contesté todo trémulo; pero aunque estoy arrepentido, no me quieren absolver.

—Tenga paciencia, añadió.

Y Constanza me dijo:

—Usted me debe dar cuentas, señor paseador; lo espero esta tarde en casa: cuidado con ser maulón.

Y se fueron.

Largo rato estuve embebido todo en mi adorada: era divino el aire de su cuerpo, su recato virginal, airoso su pie, bellísima

aquella saya que, haciendo y deshaciendo mil pliegues, acariciaba una cintura soñada, el pudor celestial de mi amiga.... ¿y yo le pude faltar como un soez? Me pellizcaba el pecho de rabia y estaba carcomido de pesadumbre.

A las cinco fuí á casa de Constanza, sospechando que allí podría ver á María Dolores; pero nada. Eran las seis y media, y me disponía á despedirme, cuando sentí que de la alcoba salió con una bujía en la mano, bella como el ángel de la esperanza, que viene á romper los grillos del prisionero á su calabozo.

—Usted está suficientemente castigado: ¿cómo le fué á usted de viaje? y esto me lo preguntó cuando yá se hallaba en mis brazos, ocultando su cabeza en mi seno. ¡Oh primer abrazo de amor! ¡Oh momento el más delicioso de mi vida! Yo que la creía perdida para mí, tenía otra vez sobre mi corazón á mi amiga, á mi amiga que se decía mía para siempre, y que me había conservado puro su pecho, como la nieve sobre las montañas. Le di las gracias una y mil veces, y me arrodillé á sus pies en actitud de besarlos. Constanza se sobresaltó; María Dolores me reprendía con miradas tan tiernas, que yo hubiera sido un caribe si no le obedeciera. Eso tenía mi amor: que junto de ella era yo una estatua sin movimiento y sin voz, y delante de algún amigo de confianza, como la primita, me ponía á jugar y hacer mil locuras increíbles. Nunca he sido elocuente; pero aquella tarde hablé tan bien en mi favor, que al punto quedé perdonado: eran mis palabras un río represo que brotaba del fondo mi corazón.

Había pensado yo de qué bien tan grande gozaría si Dolores fuese mía ante el altar del Señor; pero era un pensamiento que brillaba hermoseando una lejanía de placer, como un reflejo distante alumbra una clara laguna que se pierde en el horizonte. Ahora el pensamiento de unirme á ella crecía con el placer de verme suyo y con el temor de que otro me robara su corazón; con la idea de la felicidad junto á ella, y de la eterna amargura por su pérdida alguna vez. Resolví ir á Tunja á recoger la herencia de mis padres, y si mis asuntos quedaban arreglados, volver para pedirla á su tío. Nada quise decir á nadie; la primera cosa que oculté á Dolores fué ésta, y despidiéndome al otro día, emprendí mi marcha. Con la licencia de D. Manuel quedó en escribirme, y yo me prometía, si no otra cosa, este consuelo en mi peregrinación.

Los bienes de mi padre estaban en un litigio embrolladísimo; fué preciso para arreglarlos hacer una transacción en la que perdí casi la mitad; conservé, no obstante, una haciendita en Duitama, la cual, por su risueño aspecto, me pareció cómoda, si María Dolores consentía en ser mi mujer, para celebrar mi matrimonio. Contaba, pues, con ese terruño y con 8,000 pesos que me produjo la venta de la casa paterna en Tunja con sus réditos caídos, un

par de lindos caballos, ajuste de la transacción, y más 500 pesos de una deuda que generosamente me pagó un amigo de mi padre.

Arreglados todos mis negocios, pensé en ir á hacer mi propuesta, cuando paseando una mañana á caballo, el vuelo de un pájaro lo espantó, y se me lastimó un brazo. ¡Así por la menor causa se aguan los proyectos más virtuosos del mundo! Me resolví, pues, á escribir, perdiendo recibir el sí de aquellos labios de rosa, y lo hice á D. Manuel y á María Dolores. Al mismo tiempo encargué á Morán que me comprara un piano y una guitarra si á la vuelta del correo no tenía nueva razón mía. Lleno de sobresalto puse mis cartas en la estafeta y monté para Duitama acompañado de mi fiel Galván.

Nos desmontámos al segundo día en la vieja casa del arrendatario, y aquella tarde fuimos á escoger un sitio donde hacer una casita aseada y cómoda. Elegí una colina que tiene á la espalda una arboleda de alisos, robles y moreras, por la que baja un torrente muy claro, y á cuyos pies, como á veinte cuadras, se ve correr el río sosegadamente. Desde allí se descubre parte del pueblo, y se oyen las campanas cuando por la mañana clamorean con la nueva de un recién nacido. Me propuse hacerla grande, con un patio amplísimo y las piezas suficientes para los convidados; y fácil es comprender que soltando la guita quedaría de mi gusto, en poco tiempo. Galván iba y venía, y era el sobrestante de los trabajadores, á los que no concedía treguas ni reposo, pues él mismo hacía de carpintero, albañil y de inspector general. Se le conoce lo mucho que me quiere; anda tan solícito y tan apurado como si fuera él mismo quien va á casarse; puede ser que me acompañe, pues he notado que se ríe muy bellamente con la hija del mayordomo, muchacha buena y bastante bonita.

Una tarde yá al fin de la obra se presentó Galván trayendo por los cabezones á un mozo fornido, que daba unos alaridos como un perro, y que tenía las narices todas bañadas en sangre.

—¿Qué es eso? grité yo.

—Que este demonio de podenco no me ha querido dar unos despachos que mandan á usted de Bogotá ¡voto á sanes!

—Déjalo: ¿qué traes, mozo?

—Cartas para sumerced.

—¿Y por qué no se las diste á Galván?

—Porque las albricias, según dicen, serán para mí, señor General.

—¡Hola! conque somos yá generales, dijo Galván; reportémonos.

Tomé las cartas, y eran de D. Manuel y de María Dolores; las abrí, las leí con la mayor prontitud, y ¡cuál fué mi contento cuando vi que todo era de mi gusto y que la única condición que ella ponía era que renunciara á la carrera militar! Besé las

cartas y abracé al mensajero : más que charreteras de general me trajiste, le dije : de justicia mereces tus albricias.

Aquella noche no dormí de gusto. ¡ Conque eres mía ! clamaba, y no dejé tampoco dormir á Galván. Por fin nos levantámos y me puse á escribir para todos : di las gracias á D. Manuel ; mandé mi renuncia á María Dolores, y escribí á Constanza, á Morán, á Escalona, á Oliveros, á todos mis amigos.

Encargué á Morán papel para el cuarto de Dolores y para la sala. Era mi pensamiento hacer una pieza lo mismo que el *cuarto del secreto*, y no me faltaban yá sino los taburetes.

Dejámos trabajando á los obreros, y fuimos á Duitama.

Mandé á convidar á la Villa de Leiva á una hermana de mi padre, única que quedaba de mi familia, viuda y con tres hijos, dos niñas y un muchacho, y á los cuatro días vinieron.

Convidé al Cura para que me bendijera mi posesión en la colina ; accedió gustoso, y fuimos á la casa. Es muy amigo de mi prima Carlota, que, dicho sea de paso, tiene una cara muy pícara y unos ojos habladores.

De sobremesa tratámos del nombre que debía ponérsele á la hacienda. El Cura, después de mil preámbulos, dijo que se le debía poner *Carolina*. Todos soltámos la carcajada, ¡ y el Cura se reía tan satisfecho de su talento ! Conocí que Galván quería decir alguna cosa ; le alargué una copa, y animado entonces, dijo :

—Yo nací en Arboledas, un pueblo que está junto á Cúcuta, y dormido me cogieron para recluta ; debajo de un árbol me despedí de una hermanita mía, y de una chica con quien me iba á casar ; ¡ desde entonces no las he vuelto á ver ! ¡ sabe Dios si yá jamás ! Bajo otro árbol me encontré con usted ; ¿ no es esto, mi Capitán ? Conque si yo fuera el que le pusiera nombre, la llamara la hacienda del árbol, ó así....

Todos estos recuerdos eran preciosos ; yo quise juntarlos bajo un solo nombre y dije que se llamaría el *Nemoroso*.

—¿ Nemoroso ? dijo el Cura ; pues esa no es palabra castellana.

—Y aun latina, mi doctor ; y si no, acuérdese usted del *Nemorosa Zazynthos* de Virgilio. Convino en la observación, y acabámos la cena.

Al otro día, antes de almorzar, echó el sacerdote la bendición sobre la casa que había de albergar la inocencia, la belleza y la felicidad. El se fué á su pueblo y nosotros nos pusimos á trabajar.

Escribí á D. Manuel y á los amigos que querría que mi matrimonio se hiciese en aquella casa, si condescendían en ello, convidando á todos los de la familia, sin excluir á la tía Gertrudis, que tan mal me había tratado. Tántas pruebas de sumisión debieron moverla, porque ella de su propia letra me escribió una

carta en que me apellidaba *hijo*, me pedía mil perdones, y se felicitaba por la suerte de María Dolores. No era á ella á quien debían darse los parabienes ; á ella que dondequiera y con sólo abrir los labios y los ojos encontraría mejor esposo que yo ; á ella, modelo de todas las virtudes y de todas las gracias, cuyo corazón purísimo no podrían manchar todas las aguas rebotadas del infortunio : era á mí á quien debían darse por la felicidad inesperada de que iba á gozar, pobre soldado, huérfano desde la cuna, eterno juguete de las desgracias, arrastrado aquí y allí durante veinte años ; que no habiendo gustado los abrazos de una madre, ni los juegos de mi infancia bajo el techo paterno, se me presentaba ahora la copa anchísima de la felicidad desbordando sus delicias para embriagarme hasta la saciedad. ¿ Qué me faltaba yá ? Hubiera querido que el cielo cortara ahora el hilo de mi vida, como los cervatillos rompen el botón, pronto á abrir, si no hubiera sido por María Dolores. La amaba con tal ternura, que en mis paseos solitarios conversaba solo, creyéndome junto á ella. No conocí amor de padres ni de hermanos ; la que los cielos me dieron me la quitaron prontamente, para suspenderla, como una lámpara olorosa, que sólo debía arder para el Olimpo, y cuyos resplandores y fuego no se debían comunicar á ningún corazón humano. Tenía amigos ; pero este amor, comparado con el de María Dolores, era como el calor de un relámpago que brilla sobre un mar inmenso, junto con la hoguera de un incendio. Era para mí todo en el mundo, y reunía en su corazón los afectos que nunca había sentido : amor de padres, de hermanos y de amante.

Fijé el día de mi casamiento para Diciembre ; tiempo en que florecen los árboles en estos países, en que las estrellas se retocan de un color más vivo de zafiro, y los campos se visten de un tapiz más verde y de flores más olorosas, tiempo en que calculaba acabado el trabajo de la casa, y en el que los caminos, intransitables en Noviembre, se allanan con el verano. Escribí á Morán para que acompañara á María Dolores, convidando también á Ricardos, cuya suerte lastimaba mi alma ; en una palabra, para que recogieran todos los amigos, pues era la fiesta de mi corazón.

A la noche traté de componer unos versos para poner bajo el retrato de María Dolores, obra acabada de Espinosa. Delante de mis ojos tenía yo aquella pintura, y la invocaba como á mi Musa ; pero la inspiración estaba muda ; me refregaba la frente : ni por esto podía componer más. Escribía y luégo borraba, tornaba á escribir y á borrar : no había nacido poeta. "¡ Musas ingratas ! —exclamé soltando la pluma y dando un beso al retrato,— semejantes á los hombres que desconocen tu sublime talento, excelente pintor ! ¡ Sígue tu marcha, Espinosa, que otro siglo vendrá que corone tu estatua con las palmas inmortales de la gloria !"

CAPITULO V

¡ Con qué ansiosa inquietud no esperé el día en que mis brazos habían de recibir á mi María, y mis ojos no se habían de cansar de mirar los suyos! Dolores me escribió que el 2 de Diciembre estaría en el *Nemoroso*, y la luz se hundió abandonando los bosques y la cabaña del *Nemoroso*, sin que ella alegrara mi corazón. Aquella tarde iba y venía : no gozaba de reposo. Creí oir las pisadas de muchos caballos en el prado, y salí corriendo hasta el camino, y tuve que volverme fatigado y el alma burlada en sus más caros deseos. Al otro dia fuí hasta Paipa con Galván, á quien no cesaba de hablar de María Dolores. Si veíamos una flor, la conversación rodaba sobre ella; columbrábamos un prado ¡qué sabroso fuera pasearlo con ella y del brazo! El viento soplaba frío ; mejor que no haya llegado : su faz de rosas se ajaría con este huracán ; en fin, María Dolores era una inteligencia que había asentado su trono en mi alma ; María Dolores era una melodía que resonaba continuamente en mis oídos ; María Dolores era una locura que se había apoderado de mí. ¡ Desgraciado el hombre que no ha amado como yo ! El que ha amado leerá con gusto estas páginas; los que no.... cierren el libro, porque su alma es una lira sin cuerdas y sin armonías, como un árbol cuya frente jamás se ha enguirnaldado de flores.

Me encontré con Oliveros que venía solo en una mala mula, como el paje de San Juan ; con Oliveros, que apenas había abierto mi carta, había montado para ser parte en la felicidad de su amigo: él que lo fué en mi niñez, lo es ahora y lo será en mis últimos días.

Luégo llegó Escalona. La casa iba alegrándose, y hasta unos rosales viejos que habíamos podado y estaban en el patio, empezaron á echar renuevos y botones. Conté á Oliveros cómo no pude hacer ni un verso para el retrato, y él se comprometió á trabajarlos. Escalona preguntó que cómo pensaban divertirse cuando viniera toda la gente.

—Por lo que á ti toca, no digo nada, Peñalosa ; pero nosotros, que no estamos de novios, necesitamos diversión y alegría, pues yo siempre me he llevado la máxima de hacer de este valle de lágrimas *el sitio de la rochela*.

—Representaremos una comedia, dijo Oliveros ; gente sobrará que quiera tomar papel.

—Corriente, corriente, me gusta mucho la idea.

Y vednos aquí copiando papeles á toda prisa. Los distribuímos entre Morán, Oliveros, Escalona, Carlota, María Dolores, Constanza y yo, que también debía hacer el mío.

Estábamos una tarde componiendo el teatro en el patio; yo, cansado de amarrar palos, me retiré á mi cuarto, que quedaba en el segundo patio, después de un corredor larguísimo. Pensando en María-Dolores me quedé dormido sobre un canapé, y luégo soñaba con ella, cuando á un rato siento una gritería inmensa y una mano que me oprimía blandamente el corazón. Fué tan viva la sensación, que al despertarme iba á gritar, cuando veo á María Dolores que, sentada junto á mí, me contemplaba en silencio.

—¡ María Dolores ! grité tomándole una mano y apretándola contra mi seno.

—¿ No hay un abrazo para los que vienen ?

—Sí, con todo mi corazón, contesté. Pero Galván que entró á avisarme que habían llegado, no me dejó dárselo. Fuese turbación ó vergüenza, no le di el abrazo á mi adorada.

—Tarde llegaste, Galván, dijo María Dolores.

—Sólo el amor debía turbar el sueño del amor, amiga mía, y yo soñaba contigo.

Salímos cogidos del brazo á ver á los recién llegados. Todos me buscaban yá. Abracé á Morán, á D. Manuel, á Constanza, á la tía Gertrudis, á la hermanita de Morán, niña de catorce años, fresca como una rosa de primavera; todos me abrazaron á mí; ¿ y María Dolores ? Una vergüenza mal fundada me detuvo; ellos se supusieron que era el primer abrazo que había recibido.

¡ Qué alegremente parecía aquella tarde, fácil es de suponer ! tenía allí novia, parientes y amigos: todo lo que poseía en el mundo de más precioso estaba encerrado bajo aquel techo feliz; estaba contento, festivo, hasta mi conversación era animada; la alegría como la tristeza concentran el alma y hacen elocuente el corazón.

Merendámos en trisca festiva; quise saber por qué Ricardos no había venido. Nadie me quiso contestar. Yo conjeturé lo que podía ser; ¡ pero cuánto me engañaba !

Héme aquí, lector, en los cuernos de la luna; alégrate conmigo, lector; si no eres insensible á la felicidad de tus semejantes, alégrate conmigo.

Del brazo con María Dolores, ahora seguidos de unos, ahora solos, paseámos toda la casa. Un solo momento de aquellos, una sola sonrisa de su boca, recompensaba mis años de pesadumbre. Una mujer que ama tiene el secreto de hacerlo todo amable: María Dolores no lo decía, pero me quería sobremanera, y así es que todo era para mí de color de rosa.

¡ Cuánta fué su sorpresa cuando entrámos al cuarto del secreto idéntico al de Bogotá ! se reía con una gracia tan infantil que hechizaba; vió su retrato que estaba rodeado de rosas blancas, y leyó los versos que la Amistad había hecho para el Amor.

Unido á ti, bellîsima Dolores,
La dicha me adormece en su regazo ;
Y aunque de mimbres, arrayán y flores
" Eterno—dijo el Tiempo—es este lazo."

" Tu corazón valé un tesoro, " escribió abajo.

—Más que toda poesîa vale esta palabra, le contesté.

Seguimos andando y se puso al piano ; tocó el *bambuco*, y yo me salîa, cuando tomándome por el brazo me dijo :

—¿ Y por qué te vas, amigo ?

—Temo elogiarte yá.

—¡ Qué tiempo de tánto pensar ! añadió. ¿ Sábes que esa palabra pudo perderte y sumirme á mî en la tumba ?

Caî de rodillas á sus plantas, y entonces no tuvo quien me lo impidiera : á pesar de sus esfuerzos, besé su delicado pie.

Todo lo escribo sin añadir nada, y el que no se haya visto en mi lugar puede reîrse. Salîmos y fuimos á bailar. Bailando me acordé de Ricardos, y pregunté á Marîa Dolores.

—¿Sabes que el infeliz renunció al mundo por mî ? Verdaderamente que su amor era grande : se metió fraile en San Diego.

Yo me estremecî, y María Dolores, volviéndose á un lado, dejó caer dos preciosas perlas sobre su destino. Hubiera tenido celos en otras circunstancias ; ahora aquel llanto daba mayor realce á su corazón.

Llegó la hora de acostarnos ; señalámos á cada uno su habitación ; las señoras debîan dormir en un departamento y todos los hombres en otro.

—¿ Me pensarás siquiera una vez esta noche ?—le dije al despedirme.—¿ No más que una sola vez esta noche ?

—Anda, tunante, á burlarte de otra : y me dió una cachetada tan blanda, que me quedó el lugar sabroso para toda la noche.

Los hombres no dormimos : llevámos una botella de vino y empezámos á conversar.

—¡ Vamos á darles una serenata ! dije yo.

—¡ Vamos, vamos ! respondieron todos tomando las flautas y las guitarras.

Llegámos al jardîn donde caîan las ventanas de sus dormitorios, pero sentîmos que estaban rezando. Las mujeres, más devotas que los hombres, dan gracias á Dios cuando son felices, é imploran también su amparo cuando padecen. Me quité el sombrero, levantando la frente hacia mil estrellas que brilaban en el cielo, y exclamé :

—¡ Yo también te doy gracias, Supremo Hacedor del mundo !

—Dejémoslas, dijo D. Manuel, y nos fuimos á dormir.

Al otro día me levanté temprano, y ¡ cuál fué mi sorpresa cuando lo primero que vi en el patio fué á María Dolores, bella como

la felicidad! Su cabello desordenado caía sobre su pecho cubierto con una gasa celosa, pero que pintaba la forma de un seno que despertaba los deseos; su airoso cuerpo estaba inclinado contemplando el botón de una rosa á medio abrir.

—No me ha sentido, dije yo; voy á sorprenderla.

En puntillas me fuí acercando hasta cogerla por detrás y taparle los ojos con mis manos.

—Tú eres; no es necesario ser adivina.

—¿Qué tal noche pasaste, mi María?

—¿Y tú?

—Bonísima.

—Ahora sí me darás mi abrazo.

Quise besarla.

—No, no, llamo á papá: vamos á tomar leche.

Tomámos un jarro y nos fuimos para la lechería.

—¡Qué hermoso ternerito! Tóma esta espuma, me dijo.

—No me gusta la espuma; estoy sentido.

—Sentido ¿eh? Y cogió la espuma y me llenó la cara con ella.

—Mira que llamo á papá.

—Grita enhorabuena, Peñalosa; se reirá de verte como resucitado.

Quisiera tener la pluma de Gessner que tan bien pintó el amor inocente; la del hombre más sabio, para retratar el prospecto de una felicidad tan grande. ¡Días mecidos por la mano de la Dicha, vuestro recuerdo durará tánto como mi vida! Y cuando las desgracias descarguen sobre mí su horrísona tempestad, seréis poderosos aun para consolar mis horas de infortunio.

Nuestras comidas eran alegres; las embelesaban la amistad y la confianza; nuestros paseos, sabrosos, ya fuésemos solos, ya nos acompañaran; nuestras noches deliciosas, y mis sueños gratísimos de amor y tranquilidad. Por las tardes salíamos todos al campo y jugábamos sobre el césped; volvíamos anochecido á casa. Bailábamos contradanza, en la que es reina María Dolores. ¡Con qué suavidad y blandura no tiende sus brazos mostrando un talle esbelto, la agilidad del pequeñuelo pie, y las formas de un seno blanco como la nieve! Luégo la estrechaban mis brazos en el vals. Estábamos una noche sentados en el suelo jugando el secreto á voces: cada uno regala alguna cosa á su pareja.

María Dolores me dijo:

—¿Te gustaría un buen caballo?

—No.

—¿Una linda muchacha?

—La tengo.

—¿Un millón de pesos?

—No los deseo sino por ti.

—¿Un ramo de flores?

—Me gustan las que te pones en la cabeza.
—¡ Una noche como la de tu despedida ?
—Fué demasiado triste ; mejor es ésta.
—¿ Pues qué quieres ?
—Perdóname, y te diré.
—Dî, pues.
—Un beso de tu boca.
—No lo tendrás, aunque lo pidas llorando.

Dîjolo mirándome con tal ternura, y dando un suspiro tan doloroso, que le perdoné su crueldad.

Una tarde me paseaba con Marîa Dolores por el campo. Nos habîamos extraviado cogiendo moras y corriendo, porque el empeño de ella era teñirme la cara. Estaba yá fatigada de seguirme, cuando en un poco de agua derramada por el bosque, se me resbalóun pie, y caî. Prontamente estuvo allî, y cogiéndome las manos, me las amarró con unos juncos, y entonces sí á todo su gusto me tiñó los cachetes y la frente. Me solté á poco esfuerzo y pretendí vengarme, pero me dió lástima ensuciar cara tan linda, y sólo le hice una mancha como de sangre en la blanca frente.

Volvimonos en paz y del brazo, conversando de nuestra felicidad.

—Me debes unas lágrimas las más ardientes, exclamó : ¡Cuántas me has hecho derramar! La noche de tu despedida ; todos los padecimientos después del elogio en el piano ; aquellas que derramé en San Agustîn. Peñalosa mío, mucho me debes ; ¿ me pagarás mal tánto amor ?

—No, dulce vida mîa, no ; siempre serás mi único pensamiento, siempre mi amor eterno.

Pasaban en esto retozando por allî unos cabritos con sus madres. Cogió uno pequeñito, recién nacido, y se sentó para hacerle cariños.

—Qué bonito ¿ no amigo mîo ?

—¡ Qué afortunado ! respondî yo, porque le habîa dado un beso.

Seguíamos andando, pero me volví, y cogiéndolo le estampé un beso, para recoger el de María Dolores, sobre la jetica olorosa con la leche, que sabía á almendras. Conoció mi envidia María Dolores, y siguió pensativa sosteniéndose en mi brazo. Luégo se paró como reflexiva, y dijo :

—Sí, pues que lo quieres, sea.

Y dándome un beso ocultó su cabeza sobre mi seno, porque se habîa avergonzado. ¡ Oh momento lleno de delicias ! ¡ Oh prueba de amor de mi amada !

—Vé si te amo, dijo cuando seguíamos andando.

Lo reconozco y te doy las gracias, prenda de mi corazón. Cualquiera, proseguí, que nos hubiera visto, y que supiera que en

cuatro años de amores este era el primer beso, se hubiera reído. ¿Cómo mi amor pudo permanecer tánto tiempo sin esperanza? Sin duda que debe ser muy poderoso, y que vencerá al tiempo y á la eternidad.

Llegámos de noche á la casa. Oliveros me parecía enamorado de Carlota; desde la noche de su llegada lo noté; entonces teníamos más lugar para hacerlo; ahora todos mis pensamientos los absorbía María Dolores; Morán se aficionaba á Constanza que dejando su humor serio se había vuelto festiva y muy amiga de la hermana de aquél.

—¡Cuántos matrimonios resultarán! decía yo á María Dolores. ¡Lástima que Ricardos se hubiera enterrado vivo! Tal vez hubiera encontrado una muchacha....

—Mejor que yo.

—¿Mejor? ¡imposible! no; pero.... tú me entiendes.

La noche de la comedia nos divertimos muchísimo; hicimos lumbraradas en el patio; vinieron músicos de Tunja, y María Dolores estaba tan linda, tan sencilla y tan graciosa, que más de cuatro corazones me tendrían envidia, no lo dudo. D. Manuel, que hacía el papel de D. Roque en *El viejo y la niña*, de Moratín, por mal de sus pecados se turbó todo, y todo lo echó á perder. Era disculpable porque estaba viejo y sólo su complacencia lo pudo comprometer. Las horas pasaban ligerísimas.

—¿Cuándo nos casamos? dije á María Dolores.

—Déjame un poco; luégo te lo diré.

Una tarde estábamos comiendo cerezas en un corredor, cuando llegó Escalona. Apenas contaba veinte años, no sabía lo que era amor, y así se divertía con todos. Ponía celoso á Oliveros con Carlota y á Morán con su Constanza. Ellos, como enamorados, estaban encogidos cerca de sus damas, y él, libre, los volvía locos con juegos y con burlas. Llegóse á nosotros, tomó á María Dolores del brazo, y al llevársela me dijo:

—Puesto que usted no se casa, señor mío, yo voy á que su tío me la dé, porque ha de saber usted que primero me amó á mí: ¿No es esto, prenda dulcísima de estos mis ojos azules?

—Sí, caballero Escalona.

—¡Pero si en mí no consiste!

—¿Pues en quién?

—En Dolores.

—¡Vamos! dijo; no enhueren más, y se fué.

Después de esto, María Dolores me dijo:

—¿A qué es el empeño de que nos casemos tan pronto?

—Temo que tú me desestimes después, y quiero gozar de estos momentos.

Aseguréla, insté, supliqué, todo en vano, porque ella, más dura que una roca, insistió en dilatar nuestro casamiento.

—¿ Iremos, pues, primero á visitar la laguna de Tota ?

—Sí, Peñalosa de mi corazón, y después nos casaremos. Esa tarde llamé á Galván.

—Tóma plata, ensílla un caballo, y sábe complacerme.

Nuestra partida quedó resuelta para tres días después.

En todo este tiempo María Dolores me hacía las reflexiones más juiciosas sobre la instabilidad de los proyectos humanos, sobre la eterna alteración de los sentimientos del alma.

--La belleza, añadía, es como flor de un solo día, y luégo me veré sin con qué fijar tu corazón voluble. Mejor es que no nos casemos, Peñalosa, si ha de llegar el día del desamor.

Tras esto se colgaba de mi cuello derramando tántas lágrimas, que no pude contener las mías. Sorprendiónos D. Manuel, y quiso saber la causa. Contésela yo, porque María Dolores proseguía en su llanto.

—Lo que será mañana, nos contestó, nadie lo sabe, y sólo podemos juzgar por lo que los hombres han sido, de lo que pueden ser. Peñalosa es honrado y te ama ; ¿ piensas que tánto amor se resfríe con la posesión ?

—Ni con la muerte, respondí yo tomándole las manos á Dolores ; recíbe mis juramentos en prueba de mi constancia, y que el cielo, castigador de los perversos, y D. Manuel, mi querido papá, me sean testigos de ellos.

Me salí desesperado de que María Dolores dudara de mi fe, y mi tristeza se extendió por toda la casa. Aquélla andaba sola y pensativa, y yo fuera de mí. Los otros conversaban á solas, pero la alegría había recogido sus alas.

Una noche entró María Dolores coronada de flores, con una guitarra, cantando alegremente, á la pieza donde todos estábamos reunidos cuchicheando á solas, fastidiándonos de vernos tristes. Empezó á reinar entonces otro humor, como cuando después de noche tempestuosa sale el sol y se ríe la naturaleza. Sentóse junto á mí y siguió cantando. A sus acentos empezaron á desterrar se mis penas, como cesa el abrumante silencio de una iglesia cuando resuena el órgano sagrado. Suspiré de repente, y entonces María Dolores, inclinándose me dijo :

—Que ese sea tu último suspiro ; aquí tienes esta pobre muchacha que te hace el sacrificio de su corazón, y que fiada en el amor que le profesas, se entrega enteramente á ti.

Ni supe qué responderle ; una mirada de fuego le dijo por mí que yo era su esclavo, que mi amor sería eterno y que mi contento corazón jamás tendría otro dueño.

Aquella noche fué una de las más alegres ; Galván vino á las once muerto de hambre y de frío ; me llamó aparte ; todos mis encargos estaban cumplidos. Le di un abrazo y dispusimos nuestro viaje para el otro día.

Fuimos á detenernos á Sogamoso. ¡ Qué alegría no reinaba entre las veinte ó más personas que iban cada caballero al lado de su señora, ahora juntos, ahora separados! Galván, empero, siempre al lado de María Dolores, apeándose á cogerle flores y satisfaciendo el más leve de sus deseos.

Vimos por fin aquel inmenso campo de agua que se tiende por más de cuatro leguas, y las ondas azules y las playas llenas de verdura. Nos apeamos en una casita que había mandado asear Galván, y en la que habían preparado la comida. Allí nos encontrámos un viejo que tocaba su guitarra. No sé lo que es, pero el canto y la música son el alivio de los que han perdido la luz, y pocos ciegos he visto que no sepan tocar y cantar. A éstos parece concederles Dios un sentido por el que perdieran, y es el de las melodías secretas y el de las reminiscencias del corazón. María Dolores lo hacía cantar, contemplándolo en pie y en silencio: su alma pura se condolía de sus desgracias. Nos extendimos por las playas y nos pusimos á jugar con los huevos que arroja el agua.

Cuando hé aquí vemos venir á Galván que con otros mozos traían tres balsas á la ribera. La mayor, con toldo y anchísima, podría contener ocho personas ; las otras tenían menos apariencia, pero todas estaban adornadas de arrayán y flores. Como General (pues me habían electo por aquel día) di orden para que llegaran á la ribera. En la mayor hice entrar á D. Manuel, á Escalona, que le tenía un poco de respeto, á Oliveros, Carlota (ambos se alegraron mucho) y la señora Gertrudis, que se santiguó y se puso á rezar. El mando fué dado á Escalona, con un mozo por remero. En otra entré yo, di la mano á Dolores y á Constanza, é hice subir á Galván. Al momento de ver Morán que yo me iba con su Constanza, me gritó ; yo hice como que no lo oía, y remámos prontamente. Aquél se embarcó con los muchachos que quedaban, sin piloto, y sin mi tía, que se resistió tenazmente.

Procuró alcanzarnos, pero en vano, porque en la nuéstra iba Galván, y menos la chusma que no dejaba caminar á la otra. Constanza me miraba.

—A la izquierda, dije á Galván ; usted luégo tendrá el gusto de ir con él : ahora quiero dar un paseo de amor y de amistad.

Estaba sentado en medio de mi amada y de su primita, que al principio no me alzaba á mirar de vergüenza. Galván remaba vigorosamente, y las otras balsas quedaron perdidas á poco esfuerzo en aquella inmensidad.

—Ciertamente que es delicioso este paseo, dijo Dolores.

—Para los que van como tú, respondió Constanza, deliciosísimo.

—Para mí más que para ninguno, amigas mías, acabé yo.

El viento era perfumado, la laguna estaba tranquila, las olas

se rompían contra las trenzas de flores, las garzas se levantaban á lo lejos blandamente, y la balsa se deslizaba sin moverse. Tenía abrazadas por la cintura á mis compañeras, que tímidas se apretaban contra mí, y conversábamos todos tres recordando mil sucesos tristes ó deliciosos de nuestra vida.

—¡ Oh, si mis padres vivieran ! dije yo.

—¡ Oh, si vivieran los míos ! respondió María Dolores.

Y dimos lágrimas á su memoria.

—¡ Un beso al amor, otro á la amistad ! dije besando tiernamente á mi novia hermosa y á mi hermosa amiga. Creo que tú no tendrás celos, Dolorsitas.

—Eres un loco.... no reparas.

Era que Galván estaba en cuclillas á nuestros pies con la boca abierta.

—¡ Famoso te lo llevaste, Galván !

Todos nos reímos, y él, avergonzado, volvió á tomar su remo.

—Yo sí sé quién se hubiera puesto celoso. ¡ Cuidado con írselo á contar, Constanza ! Tendríamos el dolor de que él me desafiara, y .... ¡ sabe Dios ! .... ¡ Evita ese islote, muchacho ! ¿ No ves que se puede volver pedazos la balsa ? ¡ A un lado ! ¡á un lado !

Trabajo nos costó evitar un golpe, porque la corriente impelía la balsa á una roca que se levantaba sobre las aguas.

—¡ Vuélve, vuélve al embarcadero !

Y hé aquí á estas dos señoras pálidas como la cera, y á mí, que disipando sus temores, volvíamos á la ribera los más felices del mundo.

Comimos en la casita y volvimos á la playa.

—Ahora será de otro modo, dijo Constanza.

—¿ De otro modo ? ¡ pues bien ! las mujeres solas y los hombres solos !

Hizo un gesto de disgusto, pero yá no se podía remediar. Hicimos entrar á todas las mujeres con D. Manuel, Galván y otro mozo en la balsa mejor. Oliveros, Morán y yo en otra, y Escalona con los muchachos y con la tía Gertrudis, en la tercera.

—¡ A que no nos alcanzan ! gritaron las señoras.

—¡ A que sí ! respondimos, y empezámos á bogar.

Yá les dábamos caza cuando nos mandaron una lluvia de huevos tal, que nos hizo suspender. Escalona volvió al momento con los otros á la playa y recogió un montón; llegaron y nos dieron de su pertrecho ; pero entretanto las señoras nos habían ganado un trecho como de cuadra y media.

Con nuevo ardor bogábamos, pero la tía Gertrudis empezó á gritar:

—¡ Que me ahogan éstos ! ¡ Que me ahogan !

Porque la balsa iba como una flecha.

—Que se calle esa mujer, ó que la arrojen al agua, gritó Oliveros.

Y la pobre señora, asustada, se calló y se puso á rezar el trisagio.

Por fin alcanzámos la balsa. Mandan una descarga, que contestámos.

—¡ Pero cuidado con María Dolores !

—¡ Cuidado con Constanza !

—¡ Cuidado con Carlota !

Dijimos Oliveros, Morán y yo, y soltando los remos nos fuimos acercando aunque nos estropearan. Pero Escalona y su tropa de muchachos no reparaban, y les enviaron una rociada terrible.

Pudimos llegarnos, porque Galván hizo cesar los remos.

—¡ Nos han vendido ! gritaban las señoras. ¡ Galván es un traidor !

Pero nosotros estábamos yá entre la balsa.

—Tú eres mi prisionera, dije á María Dolores.

—Nos venció usted, decia Carlota á Morán.

Amarrándolas con flores, nos llegámos á la ribera.

Montámos y nos quedámos en Sogamoso : á la otra noche estuvimos en el *Nemoroso* á dormir.

CONCLUSION

Al tálamo nupcial, cual la mañana
Sonrosada, llevéla.

PARAISO PERDIDO.

El dia tan suspirado de mi corazón lució para la tierra, y fué saludado con entusiasmo por todos los que se alegraban en mi dicha.

A las nueve de la mañana se adelantó la esposa, ricamente vestida, á un corredor, donde esperábamos con el Cura ; y allí, al cielo abierto, delante de mis amigos, presente Dios, testigo de mi triunfo, hicimos el juramento de fidelidad eterna. El sacerdote echó sobre nosotros la sagrada bendición, y todos los ojos se humedecieron en lágrimas de contento. Acabado el solemne rito di el abrazo á mi esposa, que más bella y más modesta que Ester estaba apoyada en el brazo de su buen tío, que derramaba copioso llanto, pálida y cubierta con un velo: y debo confesarlo en favor de un dogma que hoy se ve vilipendiado, jamás hubo un abrazo dado á María Dolores tan lleno de amor y de delicias, como éste que ahora santificaba la religión y hacía lícito y puro.

El resto de aquel día se pasó veloz, como un relámpago: todos nos esparcimos por el campo, y los bosques vecinos resonaban con

las canciones, con la música de flautas y guitarras, y con la del pandero, compañero siempre y amigo de toda alegre armonía.

¡ María Dolores !

Mi amor es como un torrente inagotable, como un volcán soplado por un huracán eterno : nunca tendrá fin. El tuyo es la más bella corona que me han podido conceder los cielos. Tu genio festivo sabe colmar la copa de mi contento, y destierra la aflicción ; tu cabeza es un instrumento en que reposan todas las armonías, en que resuenan todos los ecos de la felicidad : hasta al suspiro de la dicha, sabes añadir un nuevo encanto. Siempre seré el mismo Peñalosa, aquel que viste tú, soldado en la venta, descortes en el teatro, ahogado de lágrimas en la iglesia.

A mis amigos, en retorno de su buen afecto y cariño, les deseo que encuentren una mujer como María Dolores. Cuando la hallen vendrán al Nemoroso á celebrar su casamiento, y verán á su amigo al lado de su María, feliz y contento, y tal vez á Galván retozando en el campo con algún hijo mío ; y á una niña hermosa que se ha quedado, como riéndose, dormida en el seno de mi Dolores.

Los pasajeros suelen llegar : los convida la inscripción que tiene la hacienda : *Si te puedes detener, descánsa bajo esta sombra ;* y salen bendiciendo á la Providencia.

Anapoima : 1836.

FIN

CATALOGO DE LA "BIBLIOTECA POPULAR"

123 y 124 Shakespeare. El mercader de Venecia.
125 Juan Valera. Asclepigenia.
126 á 129 Felipe Pérez. Esteia.
130 Olmedo. Canto á Junín.
131 García del Río. Página de oro.
132 P. Bourget. Edad del amor.
133 José Velarde. Poemas.
134 J. F. Ortiz. Carolina la bella.
135 Livingstone. El centro de Africa.
136 J. J. Molina. Artículos literarios.
137 y 138 Hartzenbusch. Los amantes de Teruel.
139 La Bruyère. Los caracteres.
140 C. Obeso. Lectura para ti.
141 R. P. Didón. Jesucristo.
142 Marmier. Dictadura del doctor Francia.
143 Goethe. Hermán y Dorotea.
144 y 145 J. J. Borda. Koralia.
146 Bécquer. Rimas.
147 Mallarino. Viaje al Quindío.
148 Larra. Artículos de Fígaro.
149 B. Franklin. La ciencia del buen Ricardo.
150 Caicedo Rojas. Los amantes de Usaquén.
151 y 152 Calderón. La vida es sueño.
153 Courrier. Folletos políticos.
154 Quijano Otero. Artículos históricos.
155 y 156 Lavedán. Diario de una novia.
157 M. de Pombo. Independencia de América y Filipinas
158 Guarín. Costumbres.
159 Zorrilla. Tradiciones. de Toledo.
160 Nicolás Gogol. El abrigo.
161 Longfellow. Poesías.
162 Hoffman. El violín de Cremona
163 Eugenio Díaz. Costumbres populares.
164 Milton. Paraíso perdido.
165 Cecilio Acostas. Funerales de Arzobispo Mosquera.
166 Garcia Gutiérrez. El Trovador.
167 Maupassant. Tres cuentos.
168 J. P. Posada. Camafeos.
169 y 170 M. A. López. Ayacucho
171 y 172 Napoleón. Arengas y proclamas
173 J. M. Restrepo. Diario de un emigrado
174 Enrique Heine. El Intermezzo lírico
175 Stanley. El Continente negro
176 Diógenes A. Arrieta. Poesías

177 Chateaubriand. El último Abencerraje.
178 Vergara y Vergara. Manojito de hierba.
179 H. Conway. El secreto del Stradivarius. †
180 Fernán Caballero. Cuentos populares.
181 Murger. Baladas.
182 y 183 Menéndez Pelayo. Historia de la poesía lírica en Colombia.
184 y 185 Lamartine. Poesías. †
186 Goethe. Mignon. †
187 Manuel Pombo. Prosa y verso.
188 Julián del Casal. Nieve.
189 Andersen. Cuentos.
190 J. M. Lleras. El espíritu del siglo.
191 y 192 Pereda. Pachín González. †
193 Merchán. Emociones.
194 Lord Byron. Peregrinaciones. de Chide Harotd.
195 á 197 Copi ée. Dolor benéfico.
198 J. E. Caro. Poesías. †
199 Tennyson. I lilios y poemas.
200 Vargas Tejada. Las Convulsiones.

TOMO 21

201 á 204 Conscience. Las tumba de hierro.
205 Jovellanos. Diversiones públicas.
206 Fallon. Poesías.
207 á 209 Swift. Viajes de Guliver. †
210 Gray. Schiller y Poe Elegía La campana. El cuervo.

TOMO 22

211 y 212 Romancero del Cid.
213 Herrán Conciliación política.
214 Sienkiewicz. Juancho el músico. †
215 Acuña. Poesías.
216 Moratín. Derrota de los pedantes.

EN PRENSA

217 y 218 Víctor Hugo. Waterloo.
219 W. Irwing. La herencia del moro.
220 Amicis. Cuentos de "Corazón."

TOMO 23

221 á 227 Cuervo. Cómo se evapora un ejército.
228 á 30 Pérez Galdós. Marianela.

3 0112 053543085